

PIVNA Y
TAPIZ

8



30 (tos)

[Handwritten signature]

Crema de Oro

Vea Ud. lo que dice la Ciencia Universal: «Nada supera su eficacia a esta maravillosa Crema para la conservación del Cutis, concluir con los granos, señales de viruelas, grietas, los paños, etc. Una mujer que usa la Crema de Oro se encuentra preparada para competir en hermosura con las mas bellas...»

Boticas y Perfumerías

Francois Saint Bonnet

Parfumerie, PARIS

El Profesor.—Bueno; en conclusión: ¿Cuál es la economía?

Alumno.—Sabido es que una mala digestión...

El Prof.—¡Pero qué digestión ni qué niño muerto... qué tiene que ver.

Alum.—Señor, quiero decir que una mala digestión, acarrea gastos como ser de médico, medicinas y demas enjuagues, lo que se evitaría tomando antes de cada comida una copita de

Cinzano

He ahí la economía.

—¡Aprobado!





Imprenta

Sud-Americana

A. PRAT, 1122

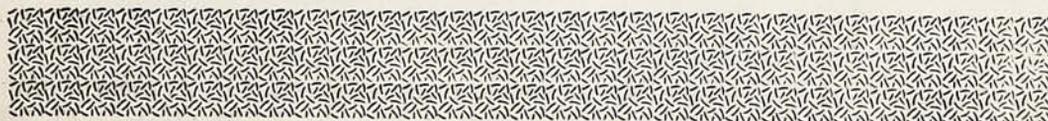
EJECUTA TODO TRABAJO

◇ DE IMPRESIONES Y ◇

ENCUADERNACION. ◇ ◇

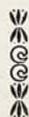
PRECIOS EXCEPCIONALES

RECIBE ORDENES DE PROVINCIAS





**PLUMA
Y
LAPIZ**



Suscripciones: 1 Año	\$	15.00
Al extranjero	»	20.00

Para suscripciones, avisos, informaciones, dirigirse al señor *J. A. Siburu*, Administrador de PLUMA Y LAPIZ, casilla 2443, Santiago; y al señor *E. Montenegro*, EL MERCURIO, en Valparaíso.

PLUMA Y LÁPIZ

SEMANARIO DE ARTE

ADMINISTRADOR J. A. Siburú DIRECTOR Fernando Santivan DIRECTOR ARTÍSTICO Cristóbal Fernández PRIMER REDACTOR Martín Escobar

Secretario: Daniel de la Vega.

Correspondencia al Director: Casilla 2443 Administración; Suscripciones, Avisos, Informes,
□ Oficina de Redacción: Morandé 432 □ □ □ □ □ □ Casilla, 2443 □ □ □ □ □

AÑO I

SANTIAGO, 6 DE SETIEMBRE DE 1912

NUM. 8

Lo que cuesta una revista

El público que hojea una revista semanal, displicentemente, con indiferencia mulsumana de crítico sagaz, no se imagina sin duda todos los trabajos que requiere la confección de una sola de sus páginas.

Hay revistas santiaguinas que cuentan con un personal de ciento cincuenta empleados, entre redactores, dibujantes y operarios, fuera de un millón de pesos en edificios y maquinarias, y todavía necesitan para salir semanalmente un sin número de trabajos, angustias, y sinsabores.

Desde que el fotógrafo y el repórter salen en busca de *novedades* y el redactor escribe sus artículos y el dibujante ilustra las páginas, hasta que el fotograbador hace sus clichés, y el tipógrafo *compone* el material de redacción, y el prensista lo imprime y el corrector lo limpia de errores, media tal cúmulo de dificultades que si cualquier lector se diera cuenta de ello tendría mucho cuidado antes de *criticar* al más pobre pasquin que cae á sus manos.

Pluma y Lápiz ha tenido que sufrir este calvario. Cuando meditamos en la pequeña y rápida jornada recorrida hasta el presente, nos asombramos de haber realizado tanto. Porque se puede decir que nuestra revista no se hace nada más que de buena voluntad... Buena voluntad

del administrador que se encarga de los exiguos fondos, buena voluntad de los redactores y dibujantes, buena voluntad de los impresores, y hasta buena voluntad de los que se encargan de venderla, difundirla... y de comprarla.

Con solo este contingente nuestra revista se sostiene y más que eso, tiene esperanzas de irse mejorando día á día, no tanto en calidad de material literario,—que ya ha tenido el honor de recibir en sus páginas lo mejor que produce nuestra literatura militante,—sinó en cuanto á su presentación tipográfica, calidad de papel, número de páginas, etc., etc.

El público podrá ir apreciando estos progresos y esperamos que sabrá corresponder, como hasta ahora, á nuestras buenas intenciones para servirlo.

Desde luego, podemos felicitarnos de contar ya entre nuestros compañeros de trabajo, (nos referimos al trabajo de confeccionar la revista), á uno más, al distinguido poeta don Víctor Domingo Silva, que desde de uno de los próximos números se hará cargo del puesto de director, mientras el actual se dirige al Norte á difundir la revista por esas regiones.

Y ya vendrán algunas otras novedades...

Al margen
de los libros



SOIZA REILLY

¿Acaso no sufro yo algún mal moderno?

De nadie mejor que de Juan José de Soiza Reilly se podría decir que ha sabido a tiempo cortar la cola a su perro. Su originalidad le ha ganado un justo renombre; pues todo es bizarro en este escritor, desde su estilo hasta sus gafas quevedescas. Escribe a saltos, hace equilibrios de estilo, observa con agudeza y dice todo lo que desea y, á veces, mucho más de lo que se debiera decir. Ni es romántico, ni es simbolista, ni es parnasiano, ni es nada. Es él; un temperamento vibrante é inquieto hasta la tortura. Su personalidad está fuerade todo círculo y casillero. Alguien ha recordado á Nietzsche al glosar algún libro suyo. Talvéz el paralelo no tiene más acierto que por tratarse de dos «yoistas» á macha martillo, desdeñosos de la moral y de la vulgaridad de la vida actual. El hurafío filósofo de Zaratustra creyó sériamente en una posible superación de ideales basada en el aristocratismo de las fuerzas libres y en el advenimiento del culto del superhombre. Soiza Reilly, por la inversa, no cree en nada. Se burla de todo. Es un ironista feroz, brutal, á lo Rabelais. Y, mientras Nietzsche se volvió loco, él prosigue riéndose, con una risa digna del siete veces ilustre Jerónimo Coignard. «He nacido con dos almas—escribía al pié de una tarjeta obsequiada á un amigo.—Una es un reloj cronómetro. La otra, es un barril sin fondo... En el Japon, como en París, ó en Londres como en Santiago, soy siempre el mismo vagabundo que vuelca sus bolsillos llenos de estrellas. Mi placer sería no pensar. Por desgracia no hago otra cosa que pensar en el placer!... Si él lo afirma, fuerza será creerlo: es un vagabundo enfermo de inquietud y de desencanto. No oculta su tesoro sino que lo arroja a manos llenas por las ventanas abiertas de su espíritu. Tiene un no sé qué de parecido con el héroe de Daudet que perdió y perdió el oro de su cráneo hasta que con la postrera astilla se arrancó la sangre de sus venas. Todos, menos él, gozaron de la fortuna de su cerebro tosco. Viviendo de prisa, Soiza Reilly, á dentalladas con la vida, ya en el ocaso de su primavera, ha comprendido la tristeza de las cosechas estériles, i el cansancio de la lucha contra las estrellas. «Ese cansancio—dice en su último libro «Cerebros de París»—ha hecho de mis nervios un cordaje triste de violín enfermizo. Un cordaje sensible. Un cordaje que á veces llora de reir. Otras veces ríe de llorar! ¿Acaso su audacia comenzará ahora á derramar su desencanto? ¿Acaso una desilusion prematura comienza a roer el cordaje vibrante de esa su ironía demoledora? Despues de todo, la exaltación viril de su personalidad encontrará nuevos senderos hácia donde derivar; campos azules de ensueño abiertos á insólitas siegas de ideal. Si la amargura de haber poseido la vida con satánica locura hoy pone espantos a sus reparos futuros hasta ha-

cerle esclamar «¿Acaso no sufro yo algún mal moderno?» si esa amargura hoy enturbia la clara conciencia de su triunfo, es preciso que haga un equilibrio nuevo ó que dé un paso y una arremetida mas: «He dado treinta pasos en la vida—pensaba en 1910—pero siempre fueron hácia adelante. Cuando retrocedo hago como los toros: arremeto.» Que en la hora del caer de las hojas; en la hora del crepúsculo, la inanición es peligrosa y disolvente. Soiza Reilly ha derrochado enerjía; ha sacudido su vida como si fuese un árbol lleno de flores y de hojas. Ha vivido á saltos y á zarpazos.

Tal podría ser la biografía espiritual de este escritor. Su obra entera lo justifica y la completa. La originalidad de sus cuentos del libro «El alma de los perros», las escenas mediocres de sus obritas dramáticas ó los articulejos y las entrevistas, confirman la modalidad de un temperamento único, inconfundible. El jesto zumbon ó el arañazo del estilo; los suspensivos intencionados ó las afirmaciones categóricas; sus salidas de tono ó sus ironías sangrientas; todo ese tejido minucioso de los detalles contribuye á acentuar el cuño personalísimo de su literatura, compuesta en el correr volandero de una existencia vagabunda. Porque este hombre es un inquieto que ha sabido ser esteta, periodista improvisado y curioso psicólogo en su carrera de «globe-trotter», sin recurrir al Baedeker, ni á los viajes redondos de la Agencia Cook. La forma en que ha cultivado su sistema de reportajes literarios ha iniciado una modalidad enteramente nueva entre la jente de la prensa periódica indoespañola. Ese su espíritu «frondeur»; que decía Manuel Ugarte, le conquistó la gran masa del público inteligente. Su ironía suele sacudir los nervios como una descarga eléctrica: entrevistando a D'Annunzio asegura que sentía deseos de ladrar como perro, y contemplando a Jorje Ohnet piensa que sus novelas se diferencian... «por el color de los trajes, ó por la ray a del peinado, ó por los comestibles de sus cenas... Esto demuestra en Jorje Ohnet una exquisita habilidad de hotelero y modisto.» No se puede pedir mayor mordacidad; y, sin embargo, del artículo que le dedica al novelador de «Maitre des forges», fluye un gesto amargo de compasión cristiana. Se pensara de una flor envenenada ó de un aguijón oculto en el pétalo de una rosa.

En su último libro «Cerebros de París», Juan José de Soiza Reilly es siempre el mismo, aunque agriado más y más por el hielo de una vida gustada siempre cuesta arriba y en contacto con los felices. ¿Siempre? Talvez el vocablo no es justo. Al lado de la tranquilidad burguesa de un Clemenceau ó de una Infanta Eulalia, pueden comprenderse las tristezas del que fué un Catulle Mendes ó del que es un Alejandro

Sux; la bohemia en marcha, la bohemia de hace siete lu-tros. Se pensara de un pasaje de la vida de Murger ó de Glatigny al leer las siguientes líneas: «En la buhardilla de un séptimo piso, allá en el Barrio Latino, cerca de las nubes, donde el techo toca las cabezas y forma un ángulo de palomar, encontré a Sux con su mujer y con su nena. El hambre está con ellos. La miseria está allí. Yo la conozco bien. Fué mi amiga. Por eso al verla sentí deseos de gritarle: ¡Canalla!»

Como Peter Altenberg se goza él pintando á un hombre en un rasgo ó en una frase. Así, su estilo está en íntima consonancia con sus excelencias de psicólogo: si pretende hacernos sentir hondamente á Amado Nervo, nos dirá que «su domicilio es la iglesia»; si á Richepin que «toda su apariencia de tigre desaparece bajo sus carcajadas de muchacho travieso»; si á Tailhade: «Redacta Je dis Tout, nuevo periódico del boulevard. En el número de hoy leo su artículo: «Le Saint Office de la rue Cadet.» Habla de rinocerontes, de víboras, de monjas, de curas, de tigres, de renacuajos...»; si á France: «Detalles: Anatole France está divorciado de su esposa. Posee una sola hija. No vive con ella. Tampoco vive solo. Una sombra angélica, muy hermosa, muy divina y muy parisien, que lo acompaña siempre, ilumina sus filosofías con claridades de sol». Hé aquí pues el verdadero aspecto espiritual de sus retratados, ó más bien dicho, un aspecto genérico en sus modalidades literarias. Y agregad á todo esto el complemento decorativo de fondos admirablemente escogidos y comprendidos hasta las mejores sutilezas: un café, un rincón de biblioteca, una sala cualquiera, un teatro ó la calle misma. De tal modo desfilan Rostand y Bonafoux, Duran y Willette, la Mendes y Clemenceau,



Don Juan José de Soiza Reilly

(Caricatura de Fernández.)

ARMANDO DONOSO-

CRÓNICAS LITERARIAS

Por Felix Nieto del Río.

Acabamos de recibir la primera obra de don Félix Nieto del Río, con un sabroso prólogo de don Paulino Alfonso. Por ahora nos es imposible dar un juicio crítico sobre este libro, por falta de tiempo y de espacio. No dudamos del éxito que tendrá esta obra, dado el acopio intelectual que posee este escritor, que desde hace ya varios años viene publicando en diversos periódicos y revistas, bellísimos artículos sobre libros, autores, o cuestiones literarias de palpitante interés. «Crónicas Literarias» consta de dos partes.

«La primera— dice el distinguido prologuista— que es una colección de artículos, casi todos de crítica literaria sobre producciones de las más variadas índoles no tiene organismo definido, y no constituiría libro, ni constituye parte de libro, sino por vía de agrupación; la segunda, que es, á nuestro juicio, la más intensa y mejor, comprende un artículo intitulado «Entre Millares de libros»; sobre la Biblioteca Na-

los «camelots du roi» y Mauclair, Hervieu y el hijo de Verlaine; los más desconocidos y los más célebres; desde los escritores hasta las princesas, desde los grandes políticos hasta los dibujantes. Y esta variedad desordenada, sin método alguno y sin prejuicios de tal ó cual casta, contribuye á darle á sus libros ese especial encanto inconfundible de curiosidad y de inquietud, de ensueño y de locura.

Algo hay en las páginas de Soiza Reilly de canallesco i de pícaro que las distingue con ese acento especial, característico e inconfundible de que están perinchidas. Como su estilo no se sujeta á normas ni á cánones retóricos se diría que éste se penetra tan hondamente de la ideología y de la instrucción del artista que se olvida dónde termina aquél y dónde comienza esta. Así, los gestos clownescos de la sensibilidad se erizan de vocablos, vibran y se ductilizan de tal modo que, de poderlos valorizar, se les compararía con cuerdas tensas arpegiadas por dedos enfermos de nerviosidad histérica. De todo lo cual proviene la resultante de una prosa que remeda contrastes de muecas y de estremecimientos; desarticulada, agena á un ritmo fijo, pero agradable y personalísima. Sus libros son lapidarios: malos ó buenos, discutibles ó excelsos, frívolos ó locos; sin características de raza de ninguna especie; sin sello de este ó aquel terruño; sin genuflectiones ante la moral ni ante la patria; divinos ó humanos. Pueden estar más allá del bien y del mal; talvez: pero Juan José de Soiza Reilly podría no firmarlos y serían siempre inconfundibles, suyos hasta en sus defectos, con el blasón de su nombre estampado en cada idea, en cada frase y en cada ladrido lírico lanzado hácia las estrellas.

cional de Chile, y otros dos sobre los conventos de Santo Domingo y San Francisco de Santiago, respectivamente.»

Copiamos el índice;

PRÓLOGO.—Una palabra.—Las Cumbres Inaccessibles.—La Vida Intima de Marie Goetz.—Horas Perdidas.—Juventud.—Las Rimas de Lorenzo Stecchetti.—Cuesta Arriba.—El Japón Moderno.—Un Hermoso Libro.—Algo sobre Iris.—Impresiones de Capitulo.—Almas y Panoramas.—Antonio Fogazzaro.—Buen Humor.—La Disputa del Monumento.—Una Alegría Nueva.—*Sgunda Parte.*—Entre Millares de Libros.—A la Hora del Angelus.—El Convento Máximo de San Francisco.

En cuanto nos sea posible escribiremos más extensamente sobre este interesante libro. Nuestras sinceras felicitaciones al autor.

PEPE VILA EN LA PAZ DE LOS CAMPOS



Pepe Vila, después del desayuno lee los diarios en su escritorio.

Existen en el alma de los viejos pueblos ciertas creaciones literarias, que, de puro antonomásticas, han tomado consistencia casi real, sobre todo para los niños, cuyos espíritus de ingenua blandura están maravillosamente preparados para recibir la imborrable impresión de lo fantástico.

Entre estos tipos imaginativos hay uno, adorable, que reúne la sonriente bondad de un abuelo á la suave ternura de una madre.

Ya habreis comprendido que me refiero á Santa Claus, á papá Noel, al Rey Mago. Llamadlo como queráis, que, en este caso, el nombre es lo de menos. Lo interesante es su unanimidad, aunque cambie de fisonomía en cada pueblo, como un Frégoli multiforme y único.

En Alemania é Inglaterra se llama Santa Claus y se ha encarnado en la diminuta figura de un gnomo, que en la noche de Pascua, bajo el blanco y silencioso florecimiento de la nieve; va por los tejados, saltando de chimenea en chimenea, con el zurrón repleto de juguetes que ha fabricado para los niños en el misterio encantado de su cueva.

En Francia es el mismo, pero obedece á otro nombre, se llama papá Noel. Su símbolo es un pino traído del fondo del bosque, que esa noche en todas las casas debe cubrirse de fantásticas flores luminosas, verdes, azules, rojas, blancas, ante la alegría asombrada de los nenes, que bailan ante él en alegre ronda al compás de pífanos y tamboriles.

En España ha tomado la morena fisonomía de Baltasar. Viene del Oriente lejano, sobre el lomo de un esbelto camello, envuelto en su blanco albornoz, con el cofre lleno de juguetes para llenar los zapatitos que esperan en las ventanas.

Estas dulces figuras llenan los ensueños de los niños durante todo el año. Constituyen el fin único de la ansiedad de sus sencillas almitas, de sus deseos, de sus ambiciones.

—Si te conduces mal, el Rey mago te olvidará este año...—dice la madre al niño travieso. A esta sola frase las caritas sonrosadas se sobrecojen, en las pupilas tiembla el desaliento, el temor de perder el fruto de un año largo de privaciones y de molestias.

En Chile esta hermosa tradición no existe casi. Nosotros no hemos sentido la intranquilidad de esa fascinación. Por nuestros espíritus no cruzó nunca la visión seductora de Baltasar en su camello, ni la del



¡No hay como las alcachofas de mi huerto! ¡Viva Pepe!

(Fotografías por Rada)



En la puerta de su castillo Pepe recibe principescamente a sus visitantes.

enano Santa Claus, ni la del viejecillo Noel. En nuestra niñez, sólo hay una figura que puede reemplazarlas. Pero esta no es imaginativa, sino un ser real, de carne y hueso. Es una especie de diablo cojuelo del espíritu, de arlequin de la broma, de mago de la risa. Es, en fin, la figura de Pepe Vila.

En nuestra niñez nuestros padres no nos decían «Si te conduces mal, el Rey mago te olvidará»; nos

decían: «Si no tomas la sopa, no vas el Domingo á ver á Pepe Vila». Y esta frase tenía para nosotros el prodigio de un conjuro, y nos abría el apetito como el mejor de los aperitivos.



Recordando el encanto que la personalidad artística de Pepe Vila ha ejercido sobre la imaginación infantil de tres ó cuatro generaciones de santiaguinos, fuimos el otro día á visitarlo á su casa de campo, á «Villa Mari-Julia».

Descendimos del tranvía, que huyó veloz entre una nube de polvo con su campanilleo desentonado de máquina del progreso, y nos internamos en una amplia avenida de álamos de Virginia, cuyo ramaje escueto y quebradizo garabatea allá arriba la limpia luminosidad del cielo apacible. De pronto, nos detuvimos junto á una verja y apareció ante nosotros «Villa Mari Julia», esbelta y alegre, inundada de sol, en el fondo de un jardín cuidadosamente cultivado, surgiendo entre un espeso arbolado, deslumbrante la cristalería de las ventanas, coronada por una tenue columnilla vacilante de humo azul. El aspecto del chalet es atrayente con su aire de tranquila intimidad, de sosegada paz campesina... Y mientras apoyamos el boton de la campanilla yo no sé por qué fluye á flor de nuestros labios la frase del poeta latino: «Parva domus, magna quies». «A casa pequeña, gran sosiego».

Y efectivamente: grande es el reposo que disfruta allí el célebre actor rodeado de sus hijos, después de haber vivido durante treinta años la vida inquietante de la farándula loca y enloquecedora. Recuerda sus triunfos en la escena, noblemente, como un general retirado recuerda sus hazañas heroicas del campo de batalla, pero sin ese fondo de amargo desconsuelo que tienen en el corazón todos los actores que han envejecido junto á las candilejas. Recuerda su labor artística con la sencilla satisfacción del que ha hecho la ruta que se impusiera. Y no por esto quiero decir que Pepe Vila es viejo. Nó; de ningún modo. Si alguien os lo dice, no lo creáis. Ha tenido solamente el raro talento de saber retirarse á tiempo, en pleno vigor artístico, sin esperar que la helada resaca de la indiferencia lo estrellara contra un humilde empleo de trapunte ó de portero de teatro de arrabal. Su



Pepe, Tomás y Alfonsito Vila, en el corredor de su chalet de Los Guindos.



¡Si otra vez te vuelves a introducir á los cuarteles recién sembrados!.....

(Fotografías por Rada.)

carrera ha sido el paso luminoso y vivísimo de las estrellas filantes, que cruzan el cielo negro y afelpado, y que alejan en el alma el deseo espoliado de lo no satisfecho, la eterna incertidumbre de los amores rotos en plena pasión, la melancolía de los trenes que huyen por el campo con la nota blanca de un pañuelo que flamea en el aire.

Nada hay más degarradoramente triste que esa lucha sorda entre el público tornadizo é indiferente y un actor ya viejo que trata de mantener el sagrado fuego de la admiración siempre vivo. Ese mismo público que en otro tiempo se mostraba sumiso, que vibraba emocionado á la primera frase, á la larga se vuelve frívolo, no obedece al latigazo del chiste y concluye por encogerse de hombros, con una mueca compasiva cuajada en los labios.

El actor culpa al público por su imbecilidad y no ceja y vuelve á la carga; pero no piensa que es a él al que se le ha secado algo dentro del pecho y que el gesto, que imagina de suprema comicidad, resulta frío y doloroso y su risa cancina que antes era recurso seguro, de «gran efecto», suena tristemente á cascabeles rotos...

De todas estas cosas y de muchas otras charlamos con el popular actor, mientras admirábamos su huerto, un huerto tan español como su dueño, bien cultivado, limpiecito, simétrico, como un tablero de damas. Hay allí copudos nogales susurrantes; guindos esqueléticos, nevados por los copos espumosos de las flores, naranjos, en cuya fronda oscura, ponen los frutos de oro su pincelada sabrosa; parrales retorcidos, nudosos, y todo este fresco ramaje sirviendo de toldo á los plateados bancales de alcachofas; al rojizo frutillar que va sangrando entre la tierra parda, á las lechugas y coles perfiladas en los zurcos y al prodigio de los crisantemos que encuadran los senderos. El agua canta escondida en los canalizos su bucólica sonata. La brisa tibia y mansurronea ajita los árboles en suave murmurio de sedas arrugadas. En la abierta lejanía un gallo toca su clarín furiosamente y en la cristalina pureza del cielo ríe el sol deslumbrante, mientras al fondo la discreta frescura del chalet ofrece un asilo propicio y apacible.

—Todo, todo esto; dice el actor, abarcando con un amplio ademán de su brazo nervioso, la casa, el huerto y el jardín, es obra mía. Y sonríe satisfecho.

Para nuestros pobres espíritus ciudadanos, ahogados por el gris hacinamiento de techumbres ram-

pantes, por el tráfigo antipático y egoísta de la ciudad, no tiene valor esa sonrisa; pero para el mago—que como Pepe Vila,—ha sacado de la nada todo ese prodigio espléndido de naturaleza, esa sonrisa es un poema fecundo, un canto panteísta al amor y á la vida.



El almuerzo fué alegre, á la española. Humeaban ante nosotros los platos olorosos de una sabrosa sopa de ajos, la sangre roja y rubia del vino reía en el cortado cristal de las copas.

—Salí de España, dice Vila, desdoblado la servilleta, en Noviembre del año 85 á hacer una corta temporada por América y aquí me tienen ustedes todavía...

Santiván le interrumpen:

—Y qué fué lo que sedujo á Ud en Chile?

—¿A mí? Todo. En primer lugar, la tierra; esto es un rincón de Valencia, trasplantado... En seguida la idiosincracia del pueblo... Ustedes son el pueblo que conserva mas puro el espíritu de nuestra raza ó mas bien el de los conquistadores. A la viveza del ingenio andaluz han agregado el vigor y la fiera del pueblo vasco, pero conservando siempre la unidad, absorbiendo al extranjero y no dejándose absorber por él como ha sucedido en la Argentina, por ejemplo. Yo aquí me he sentido siempre en mi patria.

Y certifica luego:

—Como que es mi segunda patria...

Aunque dice esto último con sincero cariño, nosotros adivinamos en la movilidad de su rostro fino y expresivo, una leve sombra de añoranza por el terruño amado, por la tierra valenciana con sus naranjales que azucaran el aire, y por los rostros morenos de sus mujeres adornados de claveles rojos y amarillos, como una suave red de madroños.

La criada nos ofrece una dorada fuente de arroz á la valenciana, donde los huevos fritos ponen una delicada nota rosa y blanca de mejillas infantiles.

Alguien habla de Teatro Nacional y aprovechamos la ocasión para pedirle su opinión al actor.

—El Teatro Nacional debe empezar... por el principio. Es decir, por tener actores nacionales, jente que pueda encarnar los tipos, sentir el ambiente, las pasiones, como chileno. Y para conseguir esto no es necesario acudir al Conservatorio. Ese es un error. Los grandes jenerales se hacen en el campo de batalla y no en la escuela. El Gobierno debe subvencionar á una buena compañía para que dé obras nacionales y

al mismo tiempo haga los actores. Esta creo que será la única solución del problema...

El almuerzo había terminado y como no deseabamos quitarle mas tiempo abusando de su exquisita amabilidad nos despedimos del célebre Pepe Vila.

Al salir nos volvimos á observar el chalet adormecido bajo la calma de la siesta y el verso latino subió de nuevo á nuestros labios:

«Parva domus, magna quies»

MARTIN ESCOBAR.



Pepe horticultor, siguiendo los preceptos de Tolstoy. (Foto. por Rada)

NUESTROS ESCRITORES

DON JOAQUIN DIAZ GARCES



ACE algunos meses que está de nuevo entre nosotros don Joaquín Díaz Garcés, conocido también por el simpático pseudónimo de Anjel Pino.

¿Quién no lo conoce? ¿quien no ha saboreado en «El Mercurio» alguno de sus artículos con olor

á terruño, á menta y yerba-buena, salpicados de grajeo chispeante y genuinamente nacional?

Pocos como él han sabido observar al pueblo y al «medio pelo» de nuestra sociedad criolla, satirizando en forma amable, con humorismo sano y agudo, las muchas debilidades de sus costumbres. Es que pocos también han amado más el huaso y el siútico, nadie ha seguido con más interés en sus ignorados heroísmos, en sus bizarrías, al primero; y en sus ingenuas é inofensivas ridiculeces, á este último personaje singular.

Con la alta estimación literaria que sentimos por don Joaquín Díaz Garcés, se comprenderá cuanto no sería nuestro deseo por conocerlo. Porque se puede decir que no lo conocíamos; una que otra vez habíamos tenido ocasión de divisarlo cuando era Administrador del «Zig-Zag» ó del «Mercurio». Y digo divisarlo, porque era difícil llegar hasta él en nuestra calidad de importunos principiantes de literatura, en aquella época en que los directores de publicaciones debían resistir heroicamente nuestras «remetidas» contra el anónimo. Llegábamos á «Zig Zag» temblorosos de emoción. Se nos hacía guardar una antesa-las de largos minutos á veces de largas horas, mirando fijamente la muda é impenetrable puerta de la Dirección, estrujando en una mano los orijinales y haciendo cálculos mentales, para entretener la ansiedad de la espera: «¿Si me lo publicarán, si no me lo publicarán?»

Confusamente pensábamos en el director como en un enigmático Pachá, sentado sobre cojines, fumando larga pipa de tubos espirales, rodeados de pebeteros que embalsamaban el aire con exóticos perfumes. Debería escuchar las pretenciones de los súbditos, ó sea de los colaboradores, con soberano aburrimiento y luego, decidir brevemente, con un jesto inapelable: «Aceptado!» ó «rechazado!»...

Se compendará que no haya podido formarme en aquel tiempo un concepto cabal de lo que era don Joaquín Díaz Garcés. Las pocas veces que logré verlo, pude apenas cruzar dos ó tres palabras y mi emoción era tan grande que escuchaba su voz como una cosa lejana, me asustaba el sonido de mis propias frases, y al salir tropezaba con los muebles ó resbalaba en el barniz del parquet...

Solo me atrevía á pensar, muy á solas con mi conciencia, de que nuestro Pachá tenía carácter raro; muy amable algunas veces, orgulloso y displicente en otras ocasiones. En una de mis visitas me recibí con la sonrisa en los labios, alabó mis cualidades literarias y me insinuó algunos consejos; en cambio otra vez me dió con la puerta en las narices, no permitiéndome siquiera balbucear mis pretensiones. ¡Éra muy raro nuestro director, muy raro! ¿Pero que hacerle? Era el Pachá...

No sin cierto temor fuimos á visitarlo á su elegante residencia de la Avenida República. Y cuando nos encontramos en el pequeño salón, pieza íntima y confortable, sentados frente á frente al escritor, casi sentimos asombro de permanecer tan tranquilos charlando amigablemente ni más ni menos que con cualquier simple mortal.

Nos admira la simpática sencillez de sus maneras, la desenvoltura de buen tono, la fina sonrisa de buena acogida con que nos recibe.

¿Es este el Joaquín Díaz Garcés que habíamos conocido?

Una respuesta suya al preguntarle por su salud—que sabíamos no era del todo buena—viene á darnos la clave de esta radical transformación.

—Sí—esclama—he pasado tres meses en cama á mi vuelta de Europa. Se trata nada más que de una simple recaída de una operación que tuvieron que hacerme en Bruselas...

Y nos explica enseguida como tuvieron que traerle una glándula biliar que provocaba grandes desarreglos en su organismo, operación grave y difícil. ¿Exceso de bilis? Ah, ya comprendemos ahora las irregularidades del carácter de nuestro antiguo Pachá-Director!

Porque hay que ver la transformación que se ha operado en don Joaquín Díaz Garcés. Es otro hombre. Ha salido de su lecho de enfermo como refinado, transfundido en un ser más indulgente, benévolo y normal.

Conversamos,—es natural,—de sus viajes á través de la Europa. De su estadía en Roma como Secretario de Legación, de su paso por La Haya y Bruselas como Encargado de Negocios en los Países Bajos.

—¿El Ministro Aldunate Bascuñan?—responde á una pregunta nuestra—Persona inteligente, muy buen abogado...

Habíamos oído hablar de ciertas desavenencias entre el ministro y su secretario y teníamos deseos de ver como se «pelaba» á un Diplomático.

Pero el señor Díaz Garcés no tuvo sino palabras de elogio para el Sr. Aldunate Bascuñan. En cuanto á sus relaciones, fueron cordialísimas durante cerca de tres años de permanencia en Roma.

Lo único que hubo entre ellos fué un curioso incidente que más tiene de cómico que de grave.

Helo aquí:

A su llegada á Italia el ministro se dedicó á redactar entusiastamente notas para el gobierno—escritas en largo y pesado lenguaje de Tribunales—sobre todas las más insignificantes materias relacionadas con la marcha de la Legación. En seguida se las entregaba al secretario para... que las copiara en la máquina de escribir! ¿Imajinais á nuestro antiguo Pachá—Director haciendo de amanuense de abogado?



Don Joaquín Díaz Garcés

—Señor Ministro—díjole al Secretario—Parece que Ud. invade mis atribuciones y descuida las suyas. Debiera dedicarse á observar la marcha de la alta política europea en beneficio de su país, y dejarme á mí las notas...

—¡Estos periodistas!—habría exclamado el ministro—¡Crean saberlo todo y que pueden hacerlo todo!

El Secretario se habría amostazado un poco ante ésta respuesta inusitada y le habría dicho:

—Ni los periodistas son tan ignorantes como lo cree Ud. ni se necesita gran ciencia para redactar notas. En cuanto á lo de la maquina de escribir, mire Ud. á la vuelta de la esquina, hay una señorita dactilógrafa que escribe mas rápido y mejor que yo. La tomamos á nuestro servicio, me dedico á las notas y Ud. á sus altos deberes diplomáticos ¿que tal?

El señor Ministro, hombre de muy buen carácter, se habría dado á la razón y desde entonces las relaciones habrían sido muy cordiales... hasta que el secretario hizo su renuncia un poco aburrido de tratar con persona cuyo carácter era poco compatible con el suyo y que lo dejaba en Roma á cargo de la Legación en los meses de la cáncula, mientras él se iba á veranear lindamente por Suiza...

—¿Y el señor ministro?

—Sorprendido de que hubiese alguien que no estuviere encantado de estar á sus órdenes!

Los recuerdos mas interesantes que trae don Joaquín Díaz Garcés de Europa, son, indudablemente, los de Italia, especialmente de Roma. Tuvo ocasión de ver muchas curiosidades, que no estan en el Baedeker y observar otras que lo estan pero que, sin embargo, se escapan á la penetración de un simple turista.

Sus observaciones sobre el Papa, el Papado y sus relaciones con el Quirinal, son interesantísimas. Viene convencido del gran poder que se esconde tras los vetustos muros del Vaticano. Ha sentido el peso y la influencia de la sombra que arroja sobre el mundo aquel monumento secular.

Cuenta á este propósito una anecdota curiosa. Conversaba con el Bibliotecario del Vaticano—cuyo nombre no recuerdo—y le mostraba un manuscrito encuadrado en pergamino, sobre cuyas tapas rezaba el siguiente título: «Historia de las relaciones del Papado con Francia á propósito de su tercera ruptura con el gobierno de ese país».

—No le parece—nos observa el

señor Díaz Garcés—que ese sólo título sintetiza todo el espíritu de lo que son para el papado todas sus relaciones con gobiernos de orden temporal? «Historia de la tercera ruptura... Como quien dice: «Pasan los gobiernos suceden las dinastías, á las repúblicas, y las repúblicas á las dinastías y el papado sigue incommovible, tratando con unos y con otros, rompiendo con ellos y volviendo á firmar las paces... En su ruptura última con el gobierno frances se puede ver claramente que no hay nada de irrevocable y que el papado espera, con razon, que esa potencia vuelva sobre sus pasos. Le hubiera bastado, para herir de muerte á la Francia, haber retirado sus misiones del Africa. Retirar las misiones, es concluir con el protectorado y con toda forma de Gobierno posible. Ellas son la base de toda intromision en



Don Joaquín Díaz Garcés

(Caricatura per Fernández)

colonias. No lo ha hecho. ¿Porqué?...

Seria largo y difícil seguir al Sr. Díaz Garcés en este terreno. Ha estudiado la cuestión con verdadero interes; ha profundizado en la política del Vaticano. Y algo del espíritu sagaz, fino y elegante, de los altos prelados de la iglesia romana, á quienes admira, parece reflejarse en su conversación, animada, fácil, salpicada de sutiles subentendidos...

Cortos, mui cortos se nos hicieron los minutos pasados en charla con nuestro distinguido escritor, con nuestro inimitable Anjel Pino.

Actualmente sus labores periodísticas en el «Mercurio» lo absorven completamente. Escribe e diorialis. Ataca árduas y trascendentales cuestionet de política...

Y nosotros pensamos con tristeza al escuchar que nada escribe actualmente de literatura.

—¿Habrá muerto Anjel Pino? ¿Lo habrán asesinado bajo la carga estúpida de tantas ocupaciones pesadas y monótonas?

¿Como hay alguien que no comprende que redactores de editoriales se pueden encontrar en Chile á

montones y que solo existe un solo Anjel Pino? ¿Cómo no comprenden que un artículo del escritor satírico, ameno y espiritual, atrae mas lectores á un diario que cien redactores de cuestiones económicas?

FERNANDO SANTIVAN

EN EL CLUB DE LA UNION



Banquete á don Enrique Phillips con motivo de su próximo retiro del Ejército, ofrecido por sus amigos.

ADMINISTRADOR DE "PLUMA Y LAPIZ"

Con verdadero sentimiento de nuestra parte vemos retirarse de nuestro lado al señor don Arturo D'Alençon que hasta el día ha hecho toda clase de sacrificios en el sentido de administrar las finanzas de PLUMA Y LAPIZ.

A su laboriosidad, inteligencia y abnegación se debe en gran parte el buen pié en que deja á la revista.

Sus negocios y múltiples ocupaciones le impiden continuar acompañándonos como hasta ahora.

Réstanos solo darle nuestros agradecimientos y desearle toda clase de felicidades.

Viene á hacerse cargo de la Administración de PLUMA Y LAPIZ el conocido industrial y abogado argentino señor don J. A. Siburu, propietario de los talleres en que se imprime nuestra revista y no dudamos que con su laboriosidad y excelentes dotes de trabajo continuará con éxito el camino seguido por el señor D'Alençon y que le dará á PLUMA Y LAPIZ días de verdadero esplendor.

LA CACHETONA

(FRAGMENTO DE UN CAPÍTULO)

Yo había estudiado el mundo en los poetas, pero no es como ellos lo pintan.

Madama de Staël.

El cuarto de vestirse, artísticamente pequeño, resplandece con las ampolletas eléctricas guarnecidas de pantallas color violeta, que transparentan la luz, esparciéndola sobre los muebles, irisándola en las lunas biseladas de los espejos, difundiéndola en el verde pálido de los muros.

El ligero mueblaje con tapiz de raso blanco, que muestra las contorsiones degeneradas del llamado «art nouveau», apenas consta de un sofá repleto de mullidos cojines, de un confidente y de cuatro butacas de brazo, encima de las cuales puede verse diseminadas las vaporosas camisas de fular con encajes «Valenciennes», los cubre-corsées de seda, los aterciopelados botines de gamusa y los enormes sombreros de moda que asoman, en las cajas á medio abrir, sus opulentas flores de promisión, sus gentiles «aigrettes» ó sus inmensos plumones de ave-truz.

En las paredes, dos telas al óleo, paisajes de autores desconocidos, mediocres en valorización artística, y varias acuarelas: flores casi todas, botones de rosa, manojos de tela, pensamientos y violetas: todo obra de la gentil señora de la casa que había obtenido el segundo premio de pintura, durante su curso de arte y labores de mano en el excelente colegio de los Sagrados Corazones.

En uno de los ángulos del cuarto, se ve una pilastra de metal, con chapitel jónico, sobre la que se destaca una escultura de mediano tamaño. Es una mujer desnuda que sonríe coquetamente, mientras un cupidillo mofetudo la corona de flores. En el pedestal — grabada en una placa de bronce — muestra la respectiva inscripción francesa: «Le Printemps». Del mismo modo, pudo llevar «L'Amour», «La Poésie»; ó cualquier otra... Esa «Printemps» es una muestra de la estatuaria adocenada y anónima que repleta las vitrinas de las joyerías de lujo y que llegó á manos de Valentina, en calidad de regalo de bodas, obsequiado por un tío medio avaro y enteramente sol-

terón. Sobre el ligero tocador de nogal tallado, con su amplia cubierta de mármol rosa, se aglomeran los numerosos útiles que requiere la coquetería femi-

nina: rociadores de cristal, polvcreras, encrespadores, horquillas, peinetas, lociones, esencias y los cien cosméticos que inventa diariamente el arte diabólico de los perfumistas.

Valentina, frente á uno de los espejos, termina la ardua tarea de su «toilette», ajustándose el opulento traje de tuser de seda, — seda color rosa seca, — que, por el amplio escote, daba salida al cuello blanco y aterciopelado, al cuello puro de líneas en la sobriedad de su corte helénico.

Valentina y su marido están invitados á comer en casa del diputado Arratia, que ofrece un banquete á sus relaciones; y la familia Arratia es magnífica en sus agasajos, como que su respetable é insólita fortuna, que sólo data del fallecimiento de la tía doña Gertrudis, heredada ab-intestato, la ha colocado repentinamente, si no en primera fila, en orden más ó menos inmediato entre la estrada aristocracia santiaguina.

La cortina que se mueve al abrir la puerta, hace oscilar la llama azuleja en que se caldean los encrespadores, con el leve soplo de aire que levanta, y Hernán Vidal, el marido de Valentina, aparece en el cuarto, correctamente metido en un frac de corte irreprochable y con el ligero abrigo de primavera sobre los hombros.

—Convendría que te apuraras, dice á su mujer. Son las siete y media. Y se echa en el sofá, apoyando la cabeza sobre uno de los cojines.

—Dentro de cinco minutos me tienes lista. Pero tú ¿qué tienes? Te noto muy displicente,— responde Valentina, fijando en su marido una mirada de cariñosa interrogación.

—Ya sabes que esa gente me es sumamente anti-pática.

—Pero ya está aceptado el convite y no es posible.



Don Tomas Gatica Martinez.

(Caricatura de Fernández.)

que vayas á llegar allá con esa carita de juez del crimen.

—¡Qué quieres! En este instante no puedo disimular mi fastidio. Además, sin acordarme de tal convite, había dado mi palabra para asistir hoy á una comida en el Club.

—¿Con qué motivo?

—Con cualquiera, dá lo mismo. El objeto es comer en confianza y á gusto, que es como entra en provecho.

—Lo de siempre: comidas de hombres solos, para fraguar desatinos que te retienen fuera de tu casa hasta horas inconvenientes.

—¡Fraguar desatinos! —repite Hernán burlescamente, enderezándose en su asiento.—Siempre has de estar viendo visiones y pensando mal. ¡Qué majadería! El hombre es de la calle; esos maridos caseros resultan siempre unos tipos empalagosos...

—Puedes hacer cuenta de que no te he dicho nada, —responde Valentina, mientras finje poner en orden las ropas esparcidas sobre las sillas.

—Deberías pensar lo que hablas...

—Es que tú no eres el mismo. Has cambiado mucho, Hernán.

—Ah! Claro! He cambiado mucho porque después de dos años de matrimonio, sería estupendamente ridículo que continuase con las mimosidades de novio, de esa época de semidemencia porque uno atraviesa cuando menos lo piensa. Vamos, no seas tonta.

—Ahí tienes tú la prueba. Ahora el cariño es para tí una ridiculez, una imbecilidad... Tú ya no me quieres. Esa es la verdad. Pero debías fingirlo siquiera, debías engañarme para mantener la ilusión, —responde Valentina tratando de ocultar la emoción que la traiciona en las inflexiones temblorosas con que modula algunas palabras.

—Volvemos á las mismas: que he cambiado mucho, que no te quiero, que te engaño, que si hubieras sabido esto no te habrías casado, que...

—No te he dicho tanto...

—Pero lo piensas, que da lo mismo.

—¿Y por qué me dejas pensar?

—¡Qué curioso! Porque no puedo encadenar tu imaginación; tus ridiculeces, mejor dicho.

—Eso dices tú; pero ¿qué quieres que piense cuando veo que ahora todo lo prefieres á mí... hasta irte á comer al Club? Tú ya no me quieres, no me quieres...

—Déjate de tonterías y despachémonos pronto, —dice Hernán, levantándose para dar un beso á su mujer que ha continuado en su fingida preocupación de poner en orden el revoltijo del cuarto. ¡Sólo por tí voy á soportar á esas gentes y todavía dices que no te quiero!

Valentina, entre mimosa y resentida, encadena con sus mórbidos brazos blancos el cuello de su marido

y fijando en él sus inmensos ojos negros y acariciadores, le dice con ingenua coquetería de recién casada:

—¿Entonces siempre me quieres lo mismo?

—¡Qué pregunta! Anda, tontuela... Ahora te quiero más, mucho más...

—¿De veras?

—Indudable.

Valentina, plenamente satisfecha con esa declaración, estrecha con más intensidad á su marido, y en el instante que suena un beso prolongado con que se sella definitivamente la alianza, una sostenida vibración de la campanilla eléctrica de la puerta, hiere los nervios de los esposos que se desunen apresuradamente, como si temieran ser sorprendidos por ojos indiscretos.

—¡Diablos! ¿Quién será el intempestivo?

—No te inquietes. Visitas á esta hora, no puede ser...

La puerta del cuarto se abre inmediatamente y la aristocrática figura de la señora de Peña, se destaca en el umbral, vestida con sencillo traje azul que sienta admirablemente á su adorable belleza rubia y cuya madeja de oro invadía luces suavemente patinadas.

—¡Adriana! — exclama Valentina, abrazando á su amiga. Si te demoras un minuto más, no nos encuentras. ¿Vienes sola?

—Es claro... Yo no tengo la suerte tuya, de manejar al maridito á la pretina...

Hernán estrecha la mano de la visitante, disparándole un piropo adocenado, que Adriana apenas escucha, y se retira, diciéndole desde la puerta:

—Las espero en el «hall». Son más de las ocho.

—Vamos enseguida, responde Adriana, cojiendo de un brazo á su amiga y sentándose con ella en el sofá. ¡Ay! Déjame respirar. ¡Qué cansada vengo, cansada de divertirme, hija! Figúrate que acabamos de tener un... ¿cómo te diré?... un... pequeño «five o'clock» delicioso, en una quinta cercana, con muchas flores y con unos cenadores monísimos. Fui con la Marta, invitadas por Arturo Mora y Pancho Moreno! ¡Qué reirnos, hija! Ese Pancho es una delicia: sabe las historias más divertidas del mundo.

También nos acordamos de tí. Arturo me dijo que te encontraba la mujer más ideal de Santiago...

—¿Sí? —dice involuntariamente Valentina.

—De veras, responde Adriana. Y él es muy simpático ¿no es cierto? Luego lo veremos en casa de Arratia.

—¿Y tu marido?

—Bueno. Gracias.

—Pero ¿qué dice tu marido de esos paseos que tú haces en su ausencia? Porque supongo que él tendrá noticias...

Una carcajada cristalina, que llena el cuartito de vibraciones metálicas, abre los labios rojos y sensuales de Adriana, que, pegando á su amiga una mali-



El célebre escritor Pierre Loti, (el primero á la izquierda,) caracterizado el papel de Raul Nangis de los Hugonotes en una fiesta íntima dada en su castillo de Rochefort.

cosa palmadita en las rodillas, le dice, sin concluir de reirse:

—¡Eres una hermanita novicia de lo más encantadora! Y se comprende: apenas hace dos años que te casaste y con un hombre buen mozo, inteligente...

—No seas loca, Adriana...

—Ya verás que tengo razon. Yo, al principio, fui tan tonta como tú, tan cándida como tú también lo eres, hasta que me convencí de que los hombres...

Pero es una barbaridad que estemos haciendo esperar tanto al honorable señor Arratia y á su distinguida familia,—agrega, levantándose.

—¿Y el pobre Hernán que ya se habrá dormido en el «hall»!

—¡El pobre Hernán! La pobre eres tú que todavía estás cándidamente enamorada. Déjate de esos compadecimientos, niña, con seguridad que tu Hernán no es una excepción y tú lo mimas demasiado. Ese no es modo de querer á los maridos; así se les echa á perder. Si tú deseas mantenerlo siempre sumiso, no lo halagues tanto, dale tu puntito de celos y verás...

—¡Eres muy divertida! Ahí tienes espejos y todo el «boudoir» á tu disposición,—dice Valentina, poniéndose también en pie.

Adriana se acerca al mueble de «toilette» y cosquillea levemente su cara con uno de los blancos plumerillos de los polvoreras, rozándose después las pestañas y las cejas con una esponja húmeda.

Mientras tanto, Valentina se rocía con su esencia favorita—«White rose»—y ofrece el bote á su amiga que, después de usarlo, coje los demás frascos que halla sobre el tocador, y dice, vertiendo los perfumes en su traje:

—En esto me parezco á Sarah Bernhardt. Me gusta la mezcla de las esencias. Resulta un aroma indefinido, pero exquisito. Vas á verlo, agrega, desparramando las mismas esencias sobre el vestido de Valentina. ¿Sientes? ¿Qué te parece?

—Tienes razon. Exquisito. Pero no nos atrasemos más. Ya esto es un horror, dice, mirando el reloj, son más de las ocho y el señor Arratia puede dejarnos debajo de la mesa...

TOMÁS GÁTICA MARTINEZ.

CONCIERTO GARCIA GUERRERO

En la tarde de ayer jueves se llevó á efecto en el teatro Municipal una interesante reunión musical que atrajo á la sala todo lo más selecto de nuestro mundo social y artístico.

El tema elejido esta vez por los hermanos Guerrero fué el de el músico Schumann, ejecutando Alberto al piano, como en otras ocasiones en el Teatro Unión Central, piezas de este notable compositor, alternadas con la conferencia de Eduardo.

Fue una matinée que dejará recuerdos mucho tiempo pues el talento admirable de los jóvenes artistas no es de los que dejan huellas superficiales.



Eduardo García Guerrero.
(Caricatura de Fernández.)



Los hermanos Alberto y Eduardo García Guerrero, que dieron ayer un concierto-conferencia sobre Schumann, en el Teatro Municipal.

EL ROSAL DEL ABATE

Vaguedades de luz y de bruma
por las cimas azules resbalan;
y el rocío, sus frágiles perlas
en las húmedas rosas engasta.

En la frente de pálido abate
se sortijan los hilos de plata,
allí tiende sutil mariposa
sus revuelos de trémulo nacar.

Ya las tímidas rosas despliegan
sus corolas al soplo del aura,
el anciano las besa temblando
y aletea en sus besos el alma.

Del rosal á su tronco abrazado,
se remontan sus místicas alas;
de la flor con el hálito puro
juntas suben las dulces plegarias.

Cuántas veces, sumido en el éxtasis,
en las rosas cayeron sus lágrimas,
donde había el reflejo de un vuelo
misterioso y fantástico de almas...

A su paso, en los seres humildes
de su amor los tesoros derrama;
y en su frente, sutil mariposa
deja un diáfano polvo de nácar...

Abrazado al rosal milagroso,
el abate murió... Su mortaja
fué una lluvia de pétalos blancos
que se abrieron al beso del alba!

A. MAURET CAAMAÑO.

LOS OJOS QUE PASARON

De improviso aparecieron,
me miraron un instante
y entre el jentio hormigueante
para siempre se perdieron.

Y para siempre pusieron
en mi la huella quemante
del beso narcotizante
que en sueños me prometieron...

¡Oh mis ojos de exotismo,
azules como un ensueño
y grandes como un abismo,

desde que ante mi pasasteis
milagrosamente el ceño
de mi destino aplacasteis!

ALFREDO GUILLERMO BRAVO.



JUNTOS Y SEPARADOS

(A UNA CASADA)

¡Qué intensa la tristeza de tus ojos profundos!
El destino lo quiso. Nos separó á los dos.
Nosotros que soñamos de la dicha en los mundos...
Hoy, entre nuestras almas, se ha colocado Dios.

Seguimos nuestras sendas distintas en la vida
cual si empujados fuéramos por misterioso alud.
Tú, del deber esclava, con la dicha perdida.
Yo llevando en el alma un pequeño ataúd.

A. ROJAS MOLINA.



Curiosa fotografía que muestra á un herido francés en los hospitales de Fez que asiste en su camilla á las filas de una parada militar organizada para repartir decoraciones á los héroes de la jornada de Bab Ghissa. El general Brulard en el momento de colocarle la cruz de honor al herido.



QUISO esperarlo en el dormitorio. Pensaba que hubiera sido muy hermoso, muy dulce, estar enferma: así indudablemente que él habría de precipitarse en sus brazos, porque su dolencia —la que no padecía y deseaba con ansias— hubiera sido como un golpe en el corazón del ingrato.

Cuando recibió la carta, esa misma mañana no sintió la alegría que ahora le llenaba el corazón. Al contrario, en su alma habló la herida del abandono, los recuerdos de aquellos tres meses de ausencia nunca justificada—nunca justificada por él—se levantaron agrios y vivos, y su dignidad de mujer, su orgullo de honrada esposa acallaron las repentinas ansias de ternura que la habían sobrecojido.

Cuanto mejor se representaba la austeridad y el recojimiento en que había vivido durante todo ese tiempo, le parecía que más y más difícil iba á serle la reconciliación. Si hubiera tenido algo que reprocharse...

La callada resignación en que acababa de vivir se le apareció como una torpeza, como un inútil sacrificio, al saber que volvía.

Más tarde su espíritu se fué aquietando y sumida en una especie de sonambulismo se dió á prepararlo todo para su llegada. Sus manos ágiles y nerviosas ordenaron las cosas como en otro tiempo: puso flores en el saloncito, el mantel blanco en la mesa del comedor y doblada como fué costumbre, al respaldo del sillón del escritorio, su americana de trabajo.

Interiormente sentía una alegría en confesarse que siempre estuvo esperando su regreso; y esta íntima convicción fué poco á poco aliviando la pesadumbre de su amor propio.

Es fácil olvidar lo que se ha sufrido cuando todavía nos ama el que nos ha hecho sufrir...

El tiempo marcha lento ó vivo, según le trae ó le quita esperanzas al corazón. Elsa lo sentía deslizarse fatigosamente y desde la puerta de su dormitorio miraba impaciente el menguar de aquella franja de sol que arrojaba sobre el pasadizo la abierta puerta de calle.

Qué rápido iba á ser todo: su sombra en la puerta y ya lo iba á tener delante. Con un palpitar de rota arteria temblaba sobre el enladrillado la luminosa franja.

Y fué como un presentimiento: lo sintió venir. Su sombra se recortó en la luz y la mujer, sin alientos, la escuchó caminar hácia el interior.

Ya estaba delante de ella; lo vió pálido, grave; lo sintió sufrir, le murmuró:

—Entra, pues...

Un abrazo estrecho los unió. Elsa cerró los ojos, esperando. Y el hombre no la besó. Separó sus brazos y fué á dejar su sombrero sobre una silla, lentamente. Tuvo ella la impresión de que él no se atrevía á mirarla y porque se sintió fuerte, tuvo piedad.

—Siéntate...

—¿Cómo estás?

Mientras le respondía, toda su atención se clavó en el movimiento caricioso con que él jugaba con un dije prendido á la cadena del reloj. Elsa no recordaba habérselo visto antes.

Tan insignificante como fué esa su impresión, le produjo una indecible molestia.

—Voy á decirle á María que... Espera.

Y salió rápida, porque algo que no era ni alegría, ni contento, ni tristeza, le anudó la voz en la garganta.



Cuando volvió, él había pasado al escritorio, y aunque así lo comprendió, le dijo no obstante:

—¿Dónde estás?

Sentía necesidad de hablar, de romper el silencio aunque fuera con frases baladías, con esas frases que en tanto resultan más anodinas cumplen mejor su misión de encubrir lo que se está sintiendo.

Le dijo:

—¿Comemos á la hora de siempre?

El pareció extrañarse del tranquilo acento de su mujer y algo cortado le contestó:

—A la hora que tú quieras.

Entró una sirvienta que saludó afablemente al recién llegado.

—Buenas tardes, señor.

—Buenas tardes, María.

Pareció extrañarse de que la criada no acusara sorpresa alguna viéndolo allí, y la esposa sintió entonces la primera alegría de aquella tarde: ¡Se estaba él dando cuenta de que siempre se le había esperado!...

Entonces el recién llegado habló:

—Elsa, yo sé que no puedo justificarme...

El acento del hombre no acusó certidumbre alguna, no tembló como ella parecía esperar. Al proferir la primera palabra de su explicación su voz fué serena y fatigada, sin convicción.

¡No podía justificarse!... Ya ella lo sabía, pero ¿acaso no tiene un hombre una frase para borrarlo todo? «Sabía» ella que su marido no podía justificarse y sin embargo «había estado esperando» que lo hiciera.

—No puedo justificarme, pero...

Mientras él hablaba ella se puso á examinarlo atentamente, sin comprender lo que iba diciendo, sin escucharle.

¡Qué cambiado estaba! ¡Y cuán claramente la violada sombra de sus ojeras y la palidez del semblante iba diciendo la infame historia de aquellos tres meses de ausencia! En su casta imaginación de esposa fiel, no encontró explicación cierta para aquel decaimiento que revelaba su marido; pero, no obstante, sintió la abandonada impaciencia porque sabía que no había sido ella la causante. ¿Qué habría pasado entre su marido y aquella mujer, de cuyo nombre no quería acordarse?

¿Volvió él porque «ella» lo había rechazado ó fué espontánea su resolución?

El iba diciendo, mientras tanto:

—Tu podrás creer que yo he dejado de amarte; pero no ha sido así. En la vida de cada hombre hay fatalidades, hay... Talvez no me comprendes...

De pronto se interrumpió para preguntarle:

—¿No ha venido tu madre?

Ella le respondió con sencillez:

—Sí, pero no sabe nada; para ella tú estás viajando por negocios.

—Gracias.

Y fué entonces cuando, por primera vez en aquella tarde memorable, ella dijo su nombre:

—Antonio...



Después de comida entraron en el salóncito; ella hizo música, él la escuchó meditabundo. Pero ya algo vivia no parecía abatirse entre ambos. Había podido acallarse el áspero acento de las heridas vanidades y la mujer sentía descender sobre su alma una ternura sedante y aplacadora.

Mirando de reojo á su marido creía explicárselo todo: en la tristeza de los ojos vio la melancolía de la larga ausencia; en aquel tic nervioso de los labios, la emoción de sentirse de nuevo junto á ella; y en la mirada larga que á ratos sentía sobre sí, el ansia de que una suprema comunión alejara los postreros amargores que aún podían quedar en sus almas. Elsa, la casta esposa creía comprenderlo todo...

A las once de la noche golpearon á la puerta. Fué él quien salió á abrir y ella no se opuso para hacerle sentir mejor la idea de que en su casa se hacía su voluntad.

No obstante, dejó de tocar para poner oído hácia afuera. Lo escuchó preguntar:

—¿Tiene respuesta?

No oyó lo que respondía, pero la voz de su marido murmuró, ahora más apagada...

—Imposible esta noche misma... Nó... Diga que está bien... tren de once y media... que está bien... Sonó la puerta al cerrarse.

Volvió al salón y se sentó en silencio. Así estuvo un rato. Después se levantó y lentamente entró en el dormitorio.

¿Qué? A Elsa le pareció sentir en el pasadizo el apagado ruido de unos pasos... Fué la puerta de la calle la que produjo aquel ligero roce? Se quedó esperando, pero ya ningún ruido turbó el silencio.

Hizo un esfuerzo, un verdadero esfuerzo, para llamarlo:

—Antonio...

No le respondieron.

—Antonio...



Fué como una adivinación: con esa doble vista que da el dolor, lo comprendió todo y se dejó caer abatida en el sofá. Como un autómata estuvo un rato repitiendo.

—Antonio, Antonio...

Después, en sus ojos que parecían hipnotizados por la llama de la lámpara, se fué extendiendo un húmedo reflejo. Inmóvil y muda, parecía esperar, esperar, esperar...

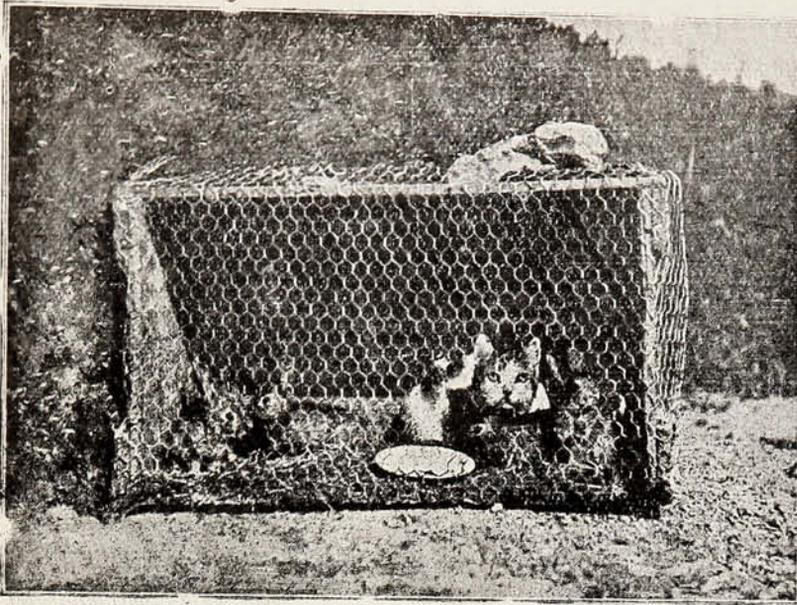
Pero él ya no volvió nunca.

RAFAEL MALUENDA.

A LOS AGENTES DE "PLUMA Y LAPIZ"

Como algunos señores agentes no han tenido la amabilidad de contestar nuestra correspondencia, ni siquiera se han dignado acusar recibo de los ejemplares remitidos, advertimóseles que se les dejará de enviar la revista desde el próximo número, en caso de que no cancelen sus cuentas en debida forma. En adelante se adoptará igual medida con todos los que no can-

celen sus cuentas por lo ménos cada cuatro números, ó sea, una vez al mes. Las cuentas de los primeros siete números deberá cancelarse al antiguo administrador, señor Arturo D'Alençon, desde ese número para adelante serán remitidas á nombre del señor J. A. Siburú, administrador de PLUMA Y LAPIZ, Casilla 2443.



Curioso caso de una gata que da de mamar á unos pequeños conejos que habian perdido á su madre



La mujer.—¡Habrás visto descon- siderado igual!
¡De ese modo destrozas los panta- lones que te compuse hoy nada más!

W. E. de Morsier nos da á conocer interesantes documentos relativos á los últimos días de la vida del poeta inglés, Oscar Wilde, murió en París el 30 de noviembre de 1900. El 3 de diciembre fueron inhumados sus despojos en el Cementerio de Bagneux, después de una ceremonia religiosa en la iglesia de San Germán de los Prados. En 1910, los restos de Wilde fueron transportados al Père Lachaise; un admirador anónimo del poeta hizo levantar un monumento sobre su tumba.

Dos amigos de Wilde, el novelista Reginald Turner y Roberto Ross fueron los únicos íntimos del poeta que supieron la lamentable historia de su fin. El primero de éstos ha hecho pública una relación detallada, escrita pocos días después del fallecimiento, junto con las cartas que le

envió Ross durante una corta ausencia en que aquél le dejó sólo á la cabecera del moribundo. De estos documentos se desprende ahora la conclusión de que el poeta no sucumbió bajo la garra de la miseria. La suerte le puso bajo la protección de un hotelero generoso, M. Jean Dupoirier, propietario del «Alsacia». Wilde le debía ya unos cinco mil francos. Desde el día en que el poeta cayó á la cama, su huésped no tan sólo no le habló nunca de la deuda, sino que le cuidó con la más grande solicitud. El diagnóstico de los médicos que cuidaron á Oscar Wilde fué este: meningitis gummosa, enfermedad que había contraído en Oxford cuando era estudiante. El abuso del alcohol había «precipitado la catástrofe».

He aquí el resumen de las cartas de Turner:

El 17 de octubre de 1900, Ross llega á París, llamado urjentemente por Wilde, que acababa de sufrir una operación quirúrgica. El poeta sentía fuertes dolores, pero se mostraba de muy buen humor. Habiendo venido á verle uno de sus parientes Wilde le anuncia que no pasaría del año.

El 25 de octubre manifestó deseos de salir, y fué á beber un vaso de ajeno á un modesto café del barrio latino.

El 2 de noviembre, día de la conmemoración de los difuntos,—cuenta Ross—fui al Père Lachaise. Oscar se interesó grandemente en que yo le contara los incidentes de mi excursión; me preguntó si le había escogido un sitio y habló de las inscripciones fúnebres. El 12 de noviembre, teniendo que irme á Niza, fui á decirle adiós. Me pareció que se había inyectado morfina, y durante el día bebió mucho champagne. Mientras conversábamos llegó una carta de Douglar, que contenía un cheque. Oscar se puso á llorar, y acto seguido rogó á su cuidadora y á Turner que nos dejaran solos. Apenas salieron los otros, rompió en sollozos, diciendo que era la última vez que me vería, que comprendía que todo había terminado para él. Esta penosa escena duró tres cuartos de hora.

El 26 de noviembre, Turner escribía á Ross que los médicos no tienen ya esperanza alguna. Al día siguiente el poeta no habla sino con mucha dificultad, y se muestra mudo con los que lo cuidan.

«Bruscamente nos dice á quema ropa: «Los judíos no tienen ninguna filosofía profunda de la vida; pero son simpáticos», probablemente pensaba en mí ó en Strangrann.

El 28 de noviembre, Wilde provoca escenas terribles. No toma ningún alimento. ¿Debia llamar un fraile ó un pastor protestante? «El mismo día, de esta segunda carta: Delira sin tregua, á medias en francés, á medias en inglés. Quiere levantarse, y se le sujeta á duras penas».

Mr. Robert Ross, reanuda su informe de vuelta á París, el 29 de noviembre por la mañana.

«Al preguntarle si me reconocía, ha levantado la mano. He ido á buscarle un sacerdote. Al amanecer del siguiente día su cara parece ya la máscara de la muerte, y el temblor de la agonía comienza y no se detiene sino al concluir todo. Nosotros nos dedicamos á romper cartas... Hacia el medio día, la respiración disminuye, los miembros se estiran. Diez minutos antes de las 2, todo ha terminado.

Las formalidades para el entierro no terminaron tan pronto, á causa que el hotelero había inscrito á Wilde con un nombre supuesto: el de Melmoth. El médico legal nos amenazó con enviar el cuerpo á la morgue. El día de los funerales algunas personas avisadas del acto, poetas y literatos, vinieron á dejar sus tarjetas. Además, varios ingleses «que dieron nombres falsos»... Estas con veinticuatro coronas enviadas, algunas de origen anónimo. Ross hizo depositar una de laurel.

Así murió el réprobo autor de tanto verso esquisto y extraño, el inmoral y enfermizo creador de «Salomé». La fama se avergonzaba de él, y sus admiradores temían manifestarse. Con todo, para aquellos que conservan un buen recuerdo de Oscar Wilde, será siempre consolador el saber que tuvo cerca de sí amigos tan solícitos como Ross y Turner.

P. y L.



HASTA LA MUERTE...

(Para el Poeta A. Borquez Solar)

Gocemos mi Nena, mi Nena querida...
Los necios te llaman la virgen perdida...

El amor es bueno...
El Goce es mejor...
La senda que lleva al Placer es segura,
las copas rebosan alegre dulzura,
el piano desgrana
mil notas livianas...
Vamos á la sala y dancemos más ..
Mira como vibra armónico el vals...

Tus labios, mi Nena, tus labios de grana,
un beso que al alma entibie su sed...
un beso que deje su fuego mañana
si el mundo quisiera cortar esta red...

JUAN N. DURAN.



CREPÚSCULO MÍSTICO

Del sub-título «Estalactitas»

En la quietud solemne de la tarde gloriosa,
el oro vespertino diluye sus fulgores,
y la tierra embriagada de aromas y rumores,
se impregna de una dulce languidez voluptuosa

El oro vespertino diluye sus fulgores.....
ya la tarde se aleja vibrante y armoniosa,
y hundida en una dulce languidez voluptuosa
mi alma sueña y se baña de inefables ardores.

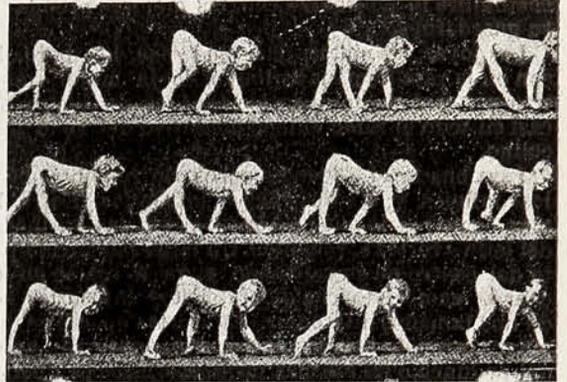
Ya la tarde se aleja vibrante y armoniosa....
y hay un rumor intenso de voces interiores
en mi alma que se llena de inefables ardores
ante la paz benigna del crepúsculo rosa.

Hay un rumor intenso de voces interiores
que al fenecer la tarde me hablan no se que cosa...
y ante la paz benigna del crepúsculo rosa
mi espíritu se inunda de esquistos temblores...!

JULIO MUNIZAGA OSSANDÓN.



NIÑOS CUADRÚPEDOS



Casos extraños de niños dejenerados que, por descoyuntamiento, raquitismo ú otras causas, se ven en la necesidad de caminar en cuatro piés, como los animales.

Fotografía tomada con cinta cinematográfica.



EL ALCÁZAR DE LAS PERLAS

POR

FRANCISCO VILLAESPESA

Ninguna de las obras dramáticas estrenadas en estos últimos años ha despertado tan grande expectación como esta con que ha hecho sus primeras armas teatrales el insigne poeta Francisco Villaespesa.

Antes del estreno se suscitaron polémicas y discusiones que luego, ante la magnitud del éxito, se han desvanecido, reconociendo todos, con rara unanimidad, los altos méritos de la obra, sancionados por los elogios entusiastas de la crítica y por el aplauso del público.

En «El Alcázar de las Perlas», se unen á la gran inspiración del famoso poeta, sus hasta ahora inéditas y ya formidables cualidades de autor dramático; pues no se sabe qué admirar más, si el interés de la fábula ó el ritmo de los versos inimitables con que está bordada, ó la intensa emoción de sus más culminantes escenas.

Y en el libro pueden apreciarse mejor que en el escenario las infinitas delicadezas, los preciosos matices de esta filigrana morisca que tanto enaltece á la literatura española por todos conceptos.

CUESTIONES CIENTÍFICAS

El traje de boda de los animales.

M. Edmond Perrier analiza en el último número de «La Revue Hebdomadaire» los motivos determinantes de la floración de las plantas y al cambio de pelaje ó de plumaje en los animales. En primavera unos y otros se muestran revestidos de un traje de fantasía, al que los naturalistas han justamente llamado «vestido de bodas», por la razón de que el hombre ha tomado instintivamente en casos análogos la costumbre de adornarse con las mejores prendas de su guardaropa.

Las joyas, las cintas, las diádemas, los bordados son en la raza humana atributos de la mujer, mientras que, por el contrario, los adornos de bodas son casi en todo el reino animal distintivo del sexo masculino.

Para buscar el origen es necesario remontar hasta los ínfimos y microscópicos infusorios. Entre los más elegantes de ellos se encuentran las vorticelas, del latín «vortex», remolino. Un largo pedúnculo parte del centro de su capuchón y va á fijarse en un cuerpo sumergido cualquiera. Estos infusorios son de dos tamaños diferentes. En ciertas épocas se forma un cerco de ramitas debajo del punto de unión del pedúnculo de los mas pequeños; estos se libertan y van á unirse á alguno de sus hermanos de gran tamaño, que permanecen fijos, y se unen con él tan estrictamente, que se diría que la vorticela grande se ha comido á la chica. Los fenómenos siguientes á la operación nos prueban que se trata en realidad de un matrimonio sin divorcio posible. Y, como se ha observado que en todo el reino animal, la modestia inherente á los hombres le impone el deber de hacerse buscar, y que, cuando uno de los amantes es comido por el otro más fuerte, resulta ésta hembra, lógicamente debemos deducir que el infusorio sacrificado será el macho. Las ramas suplementarias que adquieren entonces constituyen una corona nupcial, no sin analogía en la bandeleta que ceñía antes las frentes de las vírgenes al llevarlas al sacrificio. Aquí, al menos, el sacrificio es voluntario (?) y en suma ¿qué manera de morir puede ser más agradable que la fusión completa con el ser amado?

La corona nupcial de los infusorios es bien poca cosa comparada con la de las flores, que son el adorno nupcial de las plantas; de esas flores vamos á encontrar una imagen apenas modificada entre verdaderos animales, en los pólipos. Estos viven al igual que las algas marinas, saliendo á la superficie fijas por su base á las rocas del fondo del mar. Su cuerpo en forma de corneta va produciendo sin cesar por sus costados nuevos cuerpos que permanecen apegados al primero lo mismo que las plantas. Su semejanza con una flor es tal, que después de haberlas teñido en verde, se las vende para mezclarlas á las flores artificiales ó naturales que sirven de adorno. Su apariencia es la de una campánula cuya corola de cuatro pétalos fuera trasparente como el mas fino cristal.

Estas flores, las medusas, están dotadas de una movilidad muy superior á la de ciertas flores verda-

deras. Tirando de su tallo constantemente, concluyen por desunirse y flotar en la superficie, esparciendo sus ramales que ondulan como serpientes.

Entre los gusanos de mar, la nereida se transforma en primavera en un gracioso mónstruo con aspecto de mariposa, cuyos filamentos locomotoras de la parte superior del cuerpo adquieren gran desarrollo y una riqueza de tinta que les dá el aspecto de un barco submarino que navegara entre dos arco-iris.

Es en el insecto donde el traje de boda adquiere una magnificencia maravillosa. En la primera parte de su vida carecen de alas y suelen no tener ni ojos, ni mandíbulas, ni piés. Apenas capaces de moverse, vegetan dentro de las frutas, en el queso ó cualquier otra materia en descomposición, ó se dejan comer por otros insectos. Pero después de pasar del estado de larvas al de ninfas, el miserable envoltorio en que se han refugiado se abre para dar paso á la más ágil criatura, que de una batida de sus alas se lanza al aire: es una esbelta libélula, es una laboriosa abeja, una mosca veloz ó una brillante mariposa que acaba de nacer.

Los peces del sexo masculino, que aventajan en belleza á las hembras, conocen perfectamente el valor de su atavio. Muchos de ellos construyen nidos y aprovechan de todas las seducciones imaginables para atraerse una compañera. El nido flotante del «macropodio» de la China, al que su belleza le ha valido el título de pez del paraíso, está hecho.

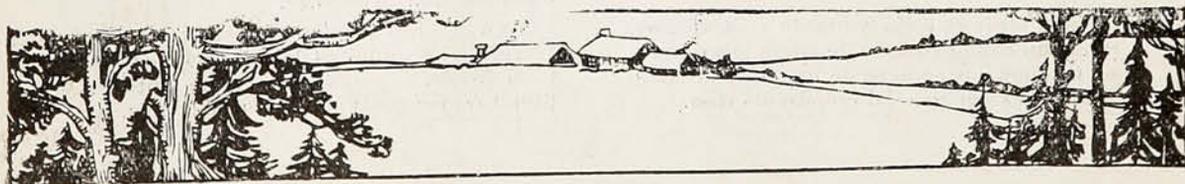
Al pasar una hembra, el macho le sale al paso y despliega ante ella sus grandes aletas, para mostrarlas en toda la riqueza de su colorido. Sin embargo, no es esta una pasión amorosa; pues apenas la hembra pone sus huevos, el padre la despide y se dedica por entero á fecundarlos y luego á cuidar y enseñar á los pecesillos.

Llegamos á la obra mas brillante que la Naturaleza ha producido, al pájaro. Dos sitios en el mundo están particularmente favorecidos por las aves más hermosas, En Nueva Guinea, patria del ave del paraíso, y la América del Sur, patria del pájaro-mosca. En todos los elementos de seducción del pájaro, siempre más ricos en el macho, no se cuenta sólo el plumaje, con ser tan maravillosamente bello en muchos, sino también la voz y la danza.

La duración del plumaje nupcial es variado y tiende á sobrepasar el período del celo. De ahí las variadas clases de aves cuyo magnífico plumaje se ostenta casi todo el año, para cobrar todo su esplendor en el período de la unión sexual. Y es este período, sin embargo, el escogido por nuestros cazadores para matarlos y vender sus despojos a sombrereros y modistas, cuando el pájaro se entrega por entero a la preparación del porvenir de su raza.

De entre las bestias merece citarse al león entre los animales que lleva un adorno característico del macho, adorno que en la época propicia adquiere todo su vigor y frescura.

P. y L.





A RAQUELITA PEÑA

(DE 11 AÑOS)

Son tus labios un clavel
dulcemente florecido.....
más que un clavel es un nido
de besos que no has tenido
en tu boquita, Raquel.

De una dulzura suprema
tu pupila de torcaza,
con luces de algún poema
toda una historia repasa
de estrellas, flores ó gema.

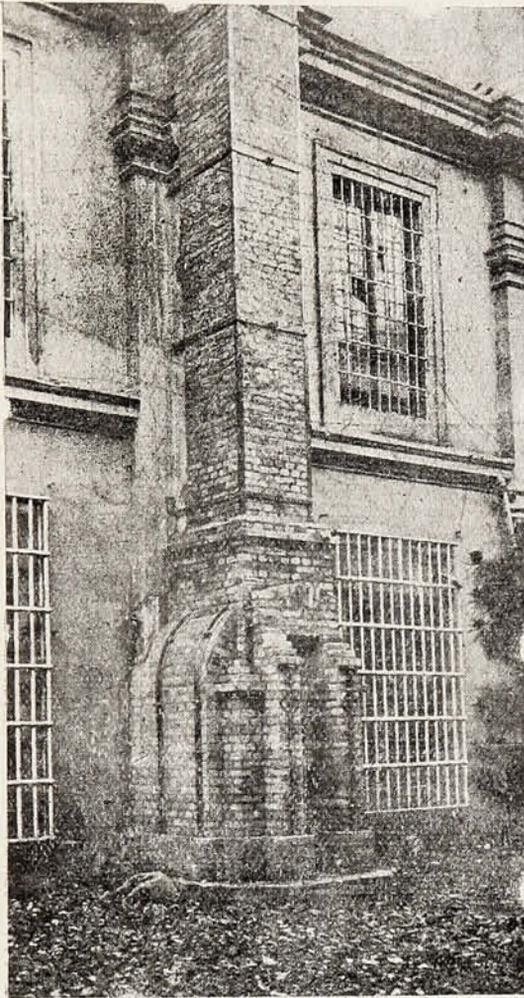
Ternura, flor, inocencia,
ternura, rayo de luz,
amor nuevo en su incipiencia,
flor de una pura conciencia,
te miro al pié de mi cruz.

A. BÓRQUEZ SOLAR

31 de Agosto 1912.



Cremación de billetes en la Moneda



El horno al cual se echan los billetes por un ventanillo que dá al interior de la Oficina de Emisión Fiscal.

Maltrato á los animales



Escenas que se repiten frecuentemente en nuestras calles

EVOCACION

Cierro los ojos y al punto
de luz el alma se anega;
me postro y las manos junto:
¡es tu recuerdo que llega!

Del más secreto y sagrado
repliegue de la memoria
surge tu recuerdo amado
como promesa de gloria.

Vuelvo á verte tal como antes,
mi pasionaria divina,
con las pupilas brillantes
de la luz que me fascina.

Y otra vez vibran mis nervios
con vehemencias de muerte;
y mis deseos soberbios
suspiran por merecerte!

Oh mi avidez por rendirte
y en mi pasión abrazarte:
abrazarte y bendecirte
y eternamente adorarte!

Oh gratitud infinita
y hondo amor que por tí siento,
mitad de mí ser; bendita,
que llenas mi pensamiento!

Venciste mi pesimismo
y dispaste mi tedio,
pues fué tu corazón mismo
mi incomparable remedio.

Y hoy anhelo la ventura
de aclamarte pasionaria
que harás bella la tristura
de mi vida solitaria.

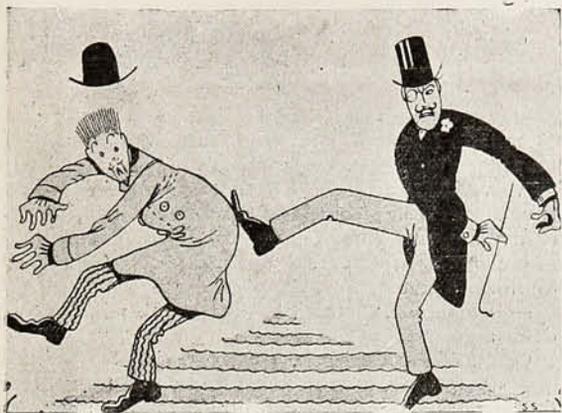
ALLAN SAMADHY.

1908.

Los Scouts de Valparaiso en Santiago



Boy-Scouts en la Moneda.



El zapatero.—Y pensar que me patea con los mismos botines que me está debiendo.

Mi cinta de primera comunión

Mi madre ayer me dijo sonriendo con un acento tierno, solo suyo, —¡Albricias! Tengo aquí un objeto tuyo recuerdo de una edad que fué mejor— Y me alargó con mano temblorosa el cofre en que guardaba con cariño mis orgullos de niños: mi sable y mi tambor.

Curioso ante la cándida sonrisa que asomaba á sus labios, con premura abrí la enmohecida cerradura, y vi con emoción entre un roto arlequin y un silabario, perdida desde ha tiempo en el olvido lo que era para mi de mas querido: mi cinta de Primera Comunión.

¡Mi cinta, ah! Y al evocar mi infancia se agolparon risueños á mi frente los recuerdos de aquel tiempo inocente en que creía en Dios, cuando todo era risas y alegrías, cuando todo era amor, paz y ventura y agradecí á mi madre con ternura, temblando, á media voz.

AB INTRA

No saben como vivir. Se agitan en un sopor de silencio y de temor y nada pueden decir.

Los goces de los humanos les recuerdan sus dos goces: los ensueños de sus voces los temblores de sus manos.

Los rostros y los deseos ocultan eternamente y reviven en la frente los extraños desvaneos.

(Los he visto en el destino: son amores eternos, de miradas espectrales, para el connubio divino.)

ALBERTO MORENO.

Valparaiso, 1912.

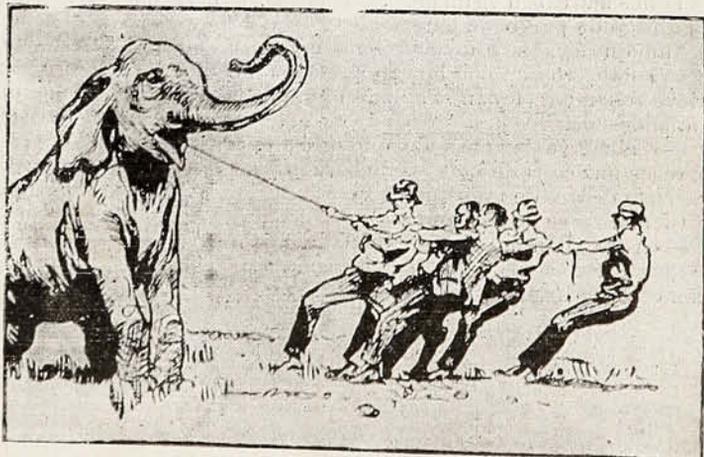


—Llévese este huevo á la cocina, córtele el pescuezo, y despues me lo trae...

Después, llevé la cinta hasta mis labios y vi en la vieja fecha desteñida la imájen dolorosa de mi vida cansada de luchar y no vencer... y pensé con tristeza que esos tiempos perdidos para siempre en la distancia de mi lejana infancia no podían volver.

Volví después el rostro hacia mi madre que aguardaba anhelante y conmovida y le dije: ¡Ah madre! Si en la vida me ensombreció el dolor, si hasta Dios he perdido en la refriega, si no he alcanzado el triunfo en la jornada si ya no espero nada, aun puedo sonreír... ¡Tengo tu amor!

LULIO DE SABA.



En el momento de extraer un diente careado á un elefante del Jardin Zoológico de Rio Janeiro. Para ello fué necesario utilizar las fuerzas de varios hombres y aun así, la operación se hizo con grandes dificultades.

Clemátide



—«No...no te perdonaré nunca las dos dosis de bromuro que tuve que tomarme aquel día... Una, apenas Larrain me advirtió que á las cinco de la tarde pasaría á buscarme para presentarme en tu casa y la otra, apenas salí, porque la tacita de té que me diste aquella vez, me puso nerviosísimo.»

Clemátide reía á carcajadas de mis confidencias. Y á mí, no sé por qué me hacía tanto daño su reír.

Después, con los años, he hecho curiosas observaciones sobre la risa de las mujeres, pero su risa, la risa de Clemátide, ha quedado siempre única, siempre sola, como para martirizarme eternamente los oídos con sus notas históricas.

Hay risas musicales que no contajian y que uno suele escuchar abstraído, embelesado, como á un arpejo del piano ó un ritornelo del arpa.

Hay risas aristocráticas que no salen de los labios, no se escuchan, casi no se ven, se presienten solo... Esas risas anilan el ánimo. Me imagino que así ha de reír el Universo cuando vé la calva de los astrónomos apegadas al lente de los telescopios ensayando ver cosas invisibles en la atmósfera celeste.

La princesita Watteau que tengo sobre mi mesa escritorio rie también así cuando me vé escribiendo, rie aristocrática, deliciosamente...

Hay risas ingenuas, sanas, que dan risa... Son las mas vulgares, yo las odio... Qué de extraño puede haber en que un hombre dé otro hombre, un árbol otro árbol, una máquina de escribir una página escrita?...

Pero esas risas que le convulsionan el alma, que se la desgarran y que llegan hasta á humedecerle á uno los ojos, son espantosas... La risa de Clemátide era así.

Una vez... fué en invierno y al anochecer. De las tiendas del centro salian chorros de luz y de gente. Nosotros habíamos estado en una pastelería de moda bebiendo aperitivos. Las orejas nos ardían y la cabeza se nos mareaban ya un poco. Clemátide, envuelta en su abrigo de punto de lana, blanco, un abrigo sencillísimo que semejaba un sobretodo inglés, y con un gran sombrero también blanco parecía un copito de nieve rodando... rodando al lado mio por la vereda embaldosada.

—«Sabes? venia pensando que estás encantadora, pareces una copa de helados de bocado y estoy por... vaciarte dentro de mi estómago.»

Clemátide se largó á reír...

—«Anda hombre»—y se tomó de mi brazo—«sé menos presaico para tus galanterías... que parezco una copa de helados, habrás visto?...»

—«He dicho helados de bocado...» protesté yo.

Aquello fué para peor, temí realmente que le diese un ataque histérico. La jente al pasar á nuestro lado se volvía á mirarla reír con tantas ganas. Yo, me detuve frente á la plazuela de Santo Domingo, tertado estuve á correr y darme de achuchones contra las gradas del templo para ahogar así mis deseos locos de llorar á gritos,

—«Entremos, Clemátide, entremos...» insinuo por decir algo.

Clemátide se deshizo en otra carcajada.

—«Entremos, hombre, entremos, que tengo ganas de reirme hasta quedar con hipo y donde mejor que un templo para hacerlo.»

A ser hombre la hubiese abofeteado. Clemátide, como toda mujer galante é intelectual, aborrecía los templos, la fé religiosa y los hombres con sotana.

Yo, no sé, residuos talvez de la fé de mis antepasados, pero aunque no tengo religion, un templo y sobre todo Santo Domingo me inspira profundo respeto, un hombre con sotana si es viejo se me asemeja uno de los doce apóstoles. si es jóven un diplomático de esa corte enigmática del Vaticano ó un discípulo de aquel gran San Ignacio de Loyola... Ahora, en cuanto á la fe, no la he analizado nunca pero la reconozco inmensamente superior á mis fuerzas.

Entramos, Clemátide, como una autómata, fue á arrodillarse muy seria á rezar ante un altar. Yo, me pellisqué los muslos, hinché los carrillos y por poco reviento. Aquello me hizo mas gracia que todas las gracias juntas de Bonafoux, Valbuena, Bobadilla y Taboada hechas tortilla.

Salimos, y casi no pude andar, me daba de tropezones con los transeuntes, por poco aplasto á una verdulera ya entrada en años. Reía á gritos, como un loco.

Clemátide, furiosa.

En el comedor, dos veces arrojé el caldo por las narices como un irregador... Era que la vision de Clemátide orando ante el altar aquel en que San Miguel achurrasca con el pié á un demonio, había cruzado por mi mente.

Clemátide no me habló ni una palabra en el resto de la noche. Me escuchaba reír despreciativamente.

Después... tuve que ir á buscar alojamiento á un hotel, solo. Clemátide se esplicó: no queria escuchar en su alcoba risas imbéciles...

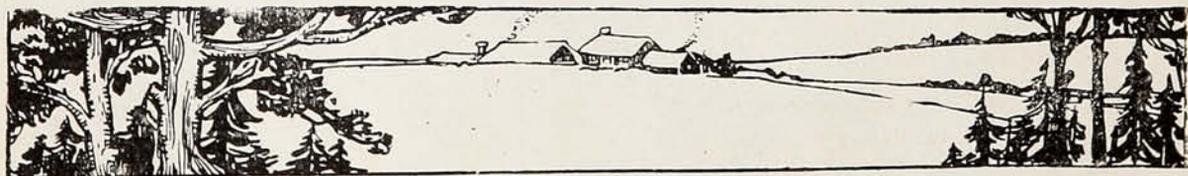
Desde entonces me he dedicado á buscar entre las risas que escucho, mi risa. Pero no la he encontrado. ¿Seré yo acaso el único imbécil que hay en el mundo ó es que mi risa es una risa única como la de Clemátide?

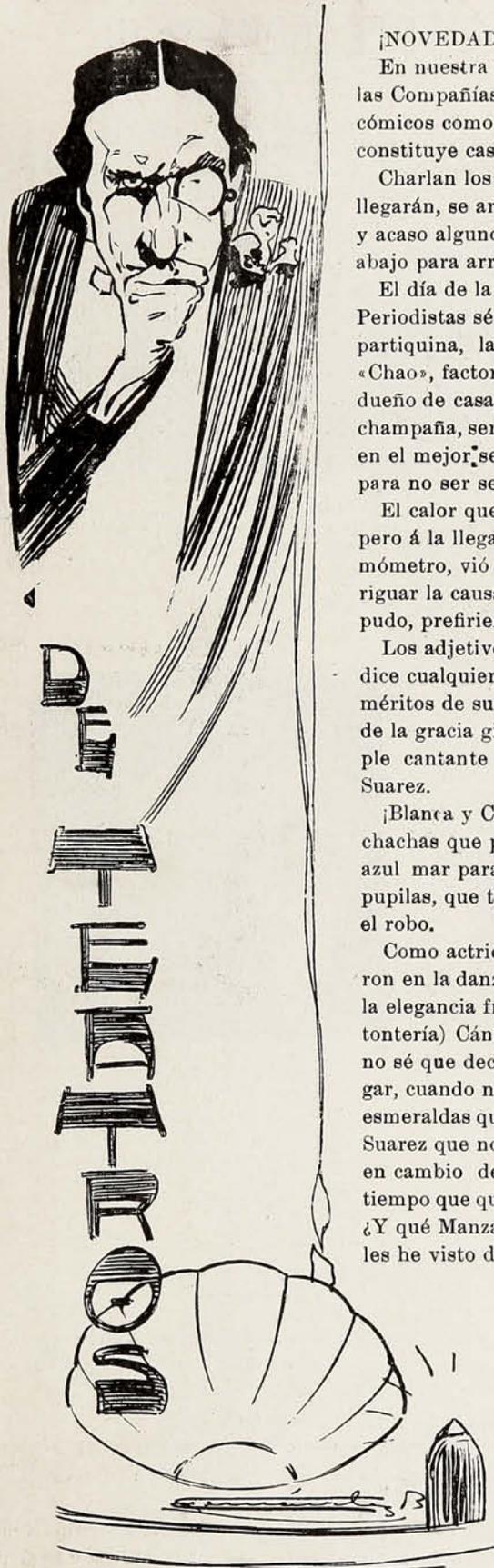
Pero esto no viene al caso, lo que me desasosiega es el por qué cuando Clemátide reía yo lloraba y cuando Clemátide lloraba, yo reía...

Por qué... ah?... por qué?...

ANTUCO REPE E.

Agosto, 9 de 1912.





¡NOVEDAD! ¡Novedad!

En nuestra vida tranquila, en esta vida nuestra de teatros en la cual las Compañías permanecen tan largo tiempo, que ya consideramos á los cómicos como miembros de la familia, la llegada de una nueva troupe constituye casi un acontecimiento.

Charlan los periodistas, se comunican impresiones sobre las tiple que llegarán, se arremolinan, se las reparten en los carteles antes de verlas, y acaso alguno de ellos sueña ser candileja que tenga ojos para mirar de abajo para arriba, muy desde abajo y muy hácia arriba.

El día de la presentación de la Compañía Moncayo, fué un gran día. Periodistas serios que nunca habrían rozado la orla del vestido de una partiquina, lanzaban galanterías, á una primera tiple, sin inmutarse. «Chao», factor obligado en ésta clase de fiestas, casi puede decirse era el dueño de casa, servía dulces, servía empanadas, servía pasteles, servía champaña, servía ponche, hasta el punto que quedó inservible, dicho sea en el mejor sentido de la palabra, que en este caso significaría que quedó para no ser servido...

El calor que había en el foyer, era á lo menos 29 grados á la sombra; pero á la llegada de las señoritas Suarez, alguien que consultaba el termómetro, vió que subía diez grados de un golpe. (No se ha podido averiguar la causa). Chao en este momento, intentó servir algo; pero no pudo, prefiriendo salir á tomar fresco (el muy fresco).

Los adjetivos que ví aquella tarde solo son comparables á los que le dice cualquier memo aristocrático ó la mamá de una tiple, sobre los méritos de su hija. ¿Lo que oí de los ojos de Josefina López Muñoz, y de la gracia gitana de Elvira; y luego qué galanterías á la monada de tiple cantante Cándida Suarez, y al dije de tiple cómica de Blanquita Suarez.

¡Blanca y Cándida! Dos nombres blancos, dos nombres puros, dos muchachas que pudieran caracterizarse de este modo: Blanca, dos ojos de azul mar para naufragar en ellos, y Cándida, dos esmeraldas en vez de pupilas, que tienen la particularidad de tener un engarce difícil para el robo.

Como actrices: Blanca un manojillo de nervios que cuando se insinuaron en la danza, hacen pensar en algo del cielo de España y en algo de la elegancia francesa. Y Cándida (ten cuidado pluma de no escribir una tontería) Cándida es... Como decir, una artista que... Decididamente, no sé que decir aún de Cándida sino cosas incoherentes. La podré juzgar, cuando no recuerde sus ojos. Hay pupilas tan inquietantes, hay esmeraldas que uno mira sin poder llevarlas nunca... Y perdone Cándida Suarez que no pueda decir nada de ella en definitiva como artista; pero en cambio de su belleza, que también es arte y arte puro, si vivo el tiempo que quiero vivir, haré de ella un libro... ¿Y qué me parece Moncayo? ¿Y qué Manzano? ¿Y qué Ruiz Paris? Dar juicio cuando apenas hoy lunes les he visto dos obras á cada uno... Pero, no hay más remedio.

—Moncayo es «un fresco» haciendo «El Fresco de Goya». Lo pinta al óleo y lo borda de matices.

—Manzano—según la frase de alguien que fué mi amigo y que hoy no quiero volver á serlo yo de él—en arte de género chico, no se anda por las ramas. Se vá al fruto... (Este final es mío. Lo anterior del ex-amigo aquel).

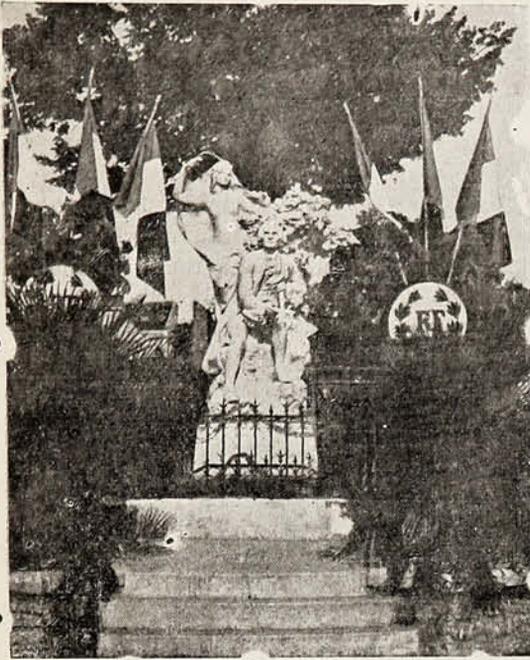
—Y Ruiz Paris... En «El Fresco de Goya» es al calor amable y gracioso... «En el barbero de Sevilla», no es el barbero, pero es «de Sevilla», por su gracia...

Y he aquí todo!... ¿Es poco? Recordad lector á «todos»

y á «todas» los que he nombrado, y veréis que entre estos últimos, hay alguna que es el «todo»!

MONUMENTO A JUAN JACOB ROUSSEAU

©



Entrada al Panteón de Hombres Ilustres, custodiada por la Guardia Republicana, momentos antes de ser silbado el presidente Fallières por los jóvenes realistas.

PARIS. — Monumento a Juan Jacobo Rousseau, en cuya inauguración fué silbado Mr. Fallières por los realistas parisiense.



Conducción de revoltosos a la policía



Joven realista detenido por la policía



Medallón de Juan J. Rousseau

©

A LA JUVENTUD LITERARIA

Empujados por un noble propósito, los señores O. Segura Castro y Julio Molina están confeccionando actualmente una completa antología de los poetas de hoy, con el fin de dar á conocer en el país y en el extranjero á los autores nacionales.

Como es natural que la juventud preste su ayuda á esta bella obra, rogamos á los autores de Santiago y de provincias que envíen su dirección, ciudad y fecha de su nacimiento, establecimiento en donde se educaron obras publicadas y en preparación, su retrato, y cualquier otro dato que se crea conveniente, á la casilla 115, Correo 3. Santiago.

Felicitemos sinceramente á los autores de esta simpática empresa, deseándole un franco éxito como lo merecen estos audaces renvadores de energías, en esta tierra en donde hay tantos herméticos y encastillados.

al ver volar los jilgueros del castillo de dulce; cándido milagro, semejante al de el niño Jesús cuando transformó en avecillas canoras las pajaritas de barro de los niños judíos...

Y llegó el día de la fiesta: la casa del marino estaba situada cerca de la desembocadura del río, al pie de la montaña que separa al mar del pueblo: era una noche oscura, y en la densa sombra, espesada con la masa colosal de los montes, se adivinaba el río que llenaba el silencio con el manso quejido de una templada noche de Enero... El río semejaba una franja sombría en que los buques era manchas más oscuras en el intenso negro.

Las ventanas de la casa estaban abiertas; y se bailaba; bajo la claridad de las lámparas belgas pasaban las parejas cogidas de los dedos con infantil pulcritud: el hombre estirado, muy serio, con el cuello rígido bajo el corbatín de seda, con su ajustada levita; el pantalón gris perla; las mujeres con la vista baja, debido quizá al peso del peinado y de los pendientes, gruesos lagrimones diamantinos que parecían colgar, con sus luces irisadas, de los crespos tirabuzones postizos; luego la gran masa de pelo sobre la nuca, formando un rodete terminado en punta... Pasaban las parejas en los cadenciosos balances de los lanceros con la rigidez mecánica de los fantoches de un teatro infantil, las damas sentadas á lo largo del salón, repolludas, seriotas, observándolo todo, como inmovilizadas por el peso de los pendientes y del peinado monumental. José Court, amenazando reventar asomaba su carota rubicunda de ojillos azulados por encima del corbatín, corriendo á todas partes, haciendo avanzar á los mozos con la bandeja de jerez, y dirigiendo piropos á Luchita Court que, como siempre, impregnaba de gracia las tertulias del Maule...

A las doce invitó á las parejas al comedor y las crinolinas y las levitas ajustadas, desfilaron por un largo pasadizo semi oscuro, pre edidos de José Court como de un tambor mayor, haciendo irrupción en el amplio comedor, en donde resaltaba, con todo el orgullo de su prosapia de biscochuelo y de merengue, el castillo feudal, debido á las manos angélicas de las Quintanillas, en medio de una pradera de hojas verdes y de manzanas de aterciopelado cutis, sonrosadas nvas de Maquehua y carnosos duraznos de Quivolgo...

José Court cerró la ventana que daba al río, por donde la oscuridad asomaba su faz sombría, y al tomar asiento cesaron los cuchicheos y las risas, crujir de sillas que se acomodó, movimientos nerviosos de cabezas; y... silencio...

José Court se levanta, armado de cuchillo todopoderoso, y el castilleto se derrumba en doradas ruinas de biscochuelo, confundiendo en apetitoso desorden las almenas blancas

El jilguero de Miss Elliot

—Fué en el tiempo de los talles estrechos y las levitas ajustadas, de las muchachas tímidas y los novios románticos, en el tiempo de los vapores de rueda y los buques de vela; en el tiempo galante de las crinolinas, el heroico tiempo de mis abuelos... El tiempo en que el juramento de amor tenía la fuerza de un contrato legal, y en que el beso era un sello que se ponía muy pocas veces ántes del contrato, y que una vez puesto, era religiosamente respetado... El tiempo en que los hombres eran ya hombres á los veinte años, y las mujeres no pasaban de ser unas chicas á esa misma edad.....

Tiempo delicioso ido para siempre, junto con los talles estrechos y las levitas ajustadas, los vapores de rueda y los buques de vela, las muchachas tímidas y los novios románticos!

Habla la abuelita:

¡Si tu hubieras conocido el puerto en esa época: hasta el mismo río parecía estar mas lindo. Cuarenta buques tenían su fondeadero en la isla; y el río no arrastraba arenas como ahora... Entonces, en el pueblo, había sociedad, y la jente se reunía...

¡El tiempo de las crinolinas! Las adoro en todos los retratos antiguos de mi casa, con su inflada ridiculez, los alardes de su coqueteria artificial, quizá mas tosca que la de ahora pero mas sincera; mas sincera, á no dudarlo: la calada pañoleta cubríalas el seno; y la hinchada crinolina disimulaba curvas adorables; el alma asomábase á los ojos; y bajo la pañoleta y bajo la crinolina el deseo huía en derrota... En

tiempo de las crinolinas se amaba; hoy, simplemente se desea...

Nuestra mente, al hojear el álbum de retratos, nos sugería esta curiosa observación:

—Abuelita, cómo se sentaban las señoras con las crinolinas?

La abuela maliciosa sonríe, y su rostro se ilumina; no recuerda, pero asegura que de algún modo debieron sentarse... La razón es de peso, y quedamos convencidos... ¿Para qué más? De algún modo debieron sentarse: quizá ridículamente para nuestra enfermiza picardía de niños-hombres; pero esa sólida armadura, producto neto de la época, no permitía lucir la pantorrilla con inocente descaro: la crinolina era el mismo pudor inocente de las costumbres hecho una prenda de moda.

La abuela de cabellos blancos la hecha de menos: una andaba más libre, y las polleras no se ceñían al cuerpo de esa manera tan... fea de ahora... La abuela vuelve a sonreír y en nuestra alma el recuerdo abre una brecha profunda...

Si, el río era más bello que ahora, había reuniones en el viejo Maule, y las chicas estarían adorables con sus crinolinas, sus blancas pañoletas, y sus peinados monumentales, sobre las cabezas ingenuas...

El pueblo es descendiente de marinos; así lo asegura la abuela: yo cuento entre mis ascendientes una docena de capitanes de buques y de marinos franceses; de tal modo que si quisiera representar mi árbol genealógico lo haría con el palo mayor de un bergantín ó de una barca...

Si hubieras conocido á Luchita Court; tan alegre y vivarachal tuvo en jaque á todo esos circunspectos lobos de mar, mas hechos á izar las velas, que á comprender el relampagueo de los ojos de una coqueta... Y Miss Elliot, la hermana de Charles Elliot, el profesor de inglés: muerta hace algunos años la pobre; lo menos quince... Y José Court...

Aquí una mueca curiosa denota la lucha en el alma de la abuela: los ojos velan su vívido centelleo, mientras los labios los pliega la sonrisa, el nombre de José Court no puede aparecer en los labios de la anciana sin que sonreía con dulce beatitud... ¡La sonrisa de la abuela! Perfumada flor de recuerdos que, aunque nace junto á nosotros, tiene setenta años!

Bastaba esta sonrisa con que la abuela de hebras de plata parecía acariciar el pasado, para que en nuestra alma el ensueño se fundiese en una claridad du'císima; lejanamente evocábamos el Maule, al Maule sonoro y espumoso de nuestros abuelos, al Maule de los cuarenta buques y de las cri-

nolinas! Constitución no es ahora el puerto de nuestros antepasados: la moda ha puesto allí su mano sacrilega, y ya no pertenecen al abuelo marino las viejas casas soleadas, de ventanas bajas y de fachada hecha de tablas superpuestas...

La historia fué en una tertulia y en casa de un marino, el gordo y simpático José Court, capitán del «Paquete de Maule» surto allá por el 60 en la histórica ría: la historia fué en aquel tiempo y en esta ría... ¡Ail Ni el mismo tiempo ni la misma ría...

Francamente; al oír esta historia de labios de la abuela, el recuerdo y la nostalgia aleteaban en nuestra imaginación infantil: lo imposible tomaba la forma alada de una ilusión y hubiéramos querido de buena gana ser abuelos en lugar de nietos, aunque solo hubiera sido para conocer á Miss Elliot ó á José Court ó simplemente para convencernos si nuestra vieja abuela pudo alguna vez haber sido jóven...

No cabe duda que aquellos hombres de todas las razas que han formado en el puerto la tierra clásica de los buenos marinos, eran hombres chispeantes é ingeniosos...

Oíd si nó:

Una mañana desde la estrecha cámara del «Paquete de Maule» ¡ajó á tierra una idea poética y orijinal... José Court era hombre corrido; y tenía el don de hacer reír á las graves matronas, nuestras abuelas, con un jesto de su carota mofletuda y roja como un pimientó morron...

Vamos por parte: vivían en el Maule unas celebres Quintanillas cuya gloria será inmortal é indiscutible en la historia de la gastronomía maulina: fabricaban unos castillos de biscochuelos y de pastas de almen dras, de almenas de merengues y torreones de manjar blanco, moles arquitectónicas complicadas como un palacio moderno, de todos los estilos y todos los paladares... Fiesta sin castillo de las Quintanillas era como dama sin crinolinas ó marinos sin su novia correspondiente. Venían siendo como una delicada representación de la gula porteña, suma y compendio de sus paladares delicados...

José Court sonreía placentemente, muy satisfecho con ese papel de bufón irresistible que le habían otorgado ¡las porteñas matronas, esplicando como los jilgueros debieran caber holgadamente dentro del castillejo almibarado, que se llevó en triunfo la mañana de la fiesta: celebraban la botadura de una goleta, un barquichuelo pequeño como un juguete, pintado de blanco que dormitaba sobre el agua, sin arboladura y sin bauprés, semejando una gaviota que flotaba en el agua tranquila con el pico roto y las alas quebradas... Una sonrisa beatífica iluminaba su roja fisonomía, gozándose en la sorpresa de la sonriente sociedad del Maule,



Sr. C. A. S.—Presente.—El tema de sus versos está demasiado explotado.

Sr. R. A. O. M.—Presente.—El verso «me dijistes henchida de alegría» es incorrecto gramaticalmente.

Srs. J. A., J. R. S., R. S. P., V. A. B; de H.—Presente.—Aunque todos los versos más ó menos correctos, hay poca novedad y emoción. Es un gran error creer que basta escribir lo que se siente. El poeta ha de escribir además lo que haga sentir.

Sr. A. de la B. S.—Valparaíso.—Su composición tiene versos muy felices, pero la delicadeza no se sostiene. Siga trabajando.

Sr. E. V. J.—Presente.—Sus composiciones son buenas. Pero hay algunos errores, debidos, según nos parece, que al copiarlos ha olvidado una palabra, dejando un verso cojo y sin sentido.

Sr. A.—Presente.—Sus «Versos de Ausencia» son demasiado largos. Mande algo más breve.

Sr. V. A. B. H.—Presente.—Las disertaciones en prosa no las podemos publicar. No tienen electores.

Sr. R. A. O. M.—Presente.—En su «Mujer de mundo» revela que Ud. estudia y progresa, pero hay por ahí un «mueyemente» que suena mal. Siga.

Sr. D. H. G.—Valdivia.—Las dos últimas composiciones tuyas que hemos recibido, tienen un mismo defecto: la adjetivación es un poco falsa, sin precisión.

Sr. G. K. C.—Santiago.—No se puede.

Sr. J. R. F.—Valparaíso.—Sus versos son buenos pero... sería conveniente que revisara los errores gramaticales...

Sr. L. A.—Presente.—Su «Aura leve» tiene mucho sentimiento, pero la forma es algo vulgar. Le agradeceríamos que le hiciera algunas correcciones y volviera á mandárnosla.



Por las rosas principescas
De sus mejillas rosadas
Pasan gracias picarescas
Como alondras en bandadas...



Y la causa de este bien
Que esta muchacha risueña
Ha usado desde pequeña
Crema Harem.

LA MANO SECA ..

Para Alberto Mauret Caamaño.

Tántas veces la estrecharon,
desnudos de fé sincera,
los amigos desleales
que hoy está la mano seca...

La mano joven que antaño
bendecía la existencia.
mano que se abrió á la vida
como flor lozana y fresca.

Mano que escribíó ternuras
del corazón, con fé ciega,
y que el pañuelo á los ojos
ganó por única ofrenda...

Mano que arrojaba flores
perdonando las ofensas,
y que hoy se alza descarnada
en son de venganza fiera;

Mano que el manchego hidalgo
que mantearon en las vetas,
hubiera creído suya
al estrecharla en la diestra...

Y que en la vida secaron
deslealtades y vilezas:
¡pobre mano que ya nunca
hallará su hermana ingénuas!

CARLOS ACUÑA NUÑEZ.

REMEMBER

Del baile aburrida la máscara quiso
ir á los jardines do la fuente canta,
allá en los misterios de noche callada,
cosas peregrinas que no entiende nadie,
por lo que dicen al alma!

Quedóse un instante mirando los astros
en la superficie tersa de las aguas...
al alzar los ojos, suspiró con ansias,
y ví en sus pupilas reflejarse el cielo
como en la quieta fontana.

¿Qué dijo? Su acento tenía el encanto
de aquel misterioso correr de las aguas:
deseos que mueren, engaños que matan...
cosas peregrinas que no entiende nadie
por lo que dicen al alma!

¿Quién era? Quién sabe! Tuve miedo, acaso,
de admirar el rostro de la que me hablaba.
¿Si era, ¡oh desengaño! como una de tantas
que cruzan la vida, siempre con caretas,
como por baile de máscaras?

Besé, entre las mías, su mano pequeña...
guardóse el secreto... la noche callada...
aquel misterioso correr de las aguas...
cosas peregrinas que no entiende nadie,
pero que no dicen á las tristes almas!

FRAY ALFONSO.

SONETO

Para Antuco Repe E.

Aquí en su estancia, donde vivo ahora,
abierto el piano está; como si fuera
á herir sus dedos el marfil. Dijera
que en el silencio de la noche llora
alguien conmigo siempre...

Se colora
por luz extraña la ojival vidriera
y un rayo al resbalar sobre la estera
finge un contorno de mujer...

Es la hora
de las evocaciones. Se perfila,
tras los cristales del balcon inmerso
en la sombras, la luna, cual la cara
inmensamente pálida y tranquila
de la amada, al traves del vidrio terso
del ataud, que mi dolor velaral

FRAY ALFONSO.

¿FUÉ?

Para Waldo Urzúa.

Fué quimera ese amor? ¿Fué acaso rudo
deseo del instinto que nos turba;
cómo el viejo sátiro velludo,
por una ninfá, al contemplar desnudo
el ágil cuerpo de ampulosa curva?

¡Quién sabe si lo fué! ¡Más nunca otvido
el beso ardiente que el pudor inmola
y la lágrima aquella que ha corrido
por mi culpa... De entonces llevo herido
el corazón; el alma triste y sola!

FRAY ALFONSO.

PASANDO

Vas pasando misteriosa, y como rosa
vas dejando su perfume embriagador;
vas pasando morenita peligrosa
cautivando cada vez mi corazón.

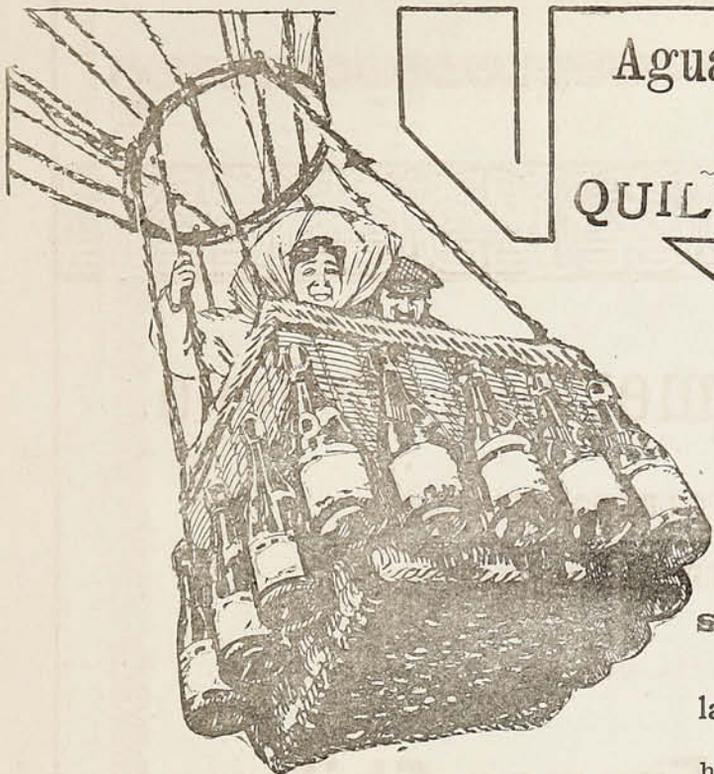
Vas pasando, tus ojuelos verdi-claros
miran mucho, miran por mirar,
soy fanático, soy un moro
y te adoro en mi mezquita hasta soñar.

Vas pasando, tu sonrisa
fresca, alegre, como brisa
va dejando su perfume embriagador,
y te admiran y te queren todo el mundo, hasta el Señor.

Vas pasando tus ojuelos verdi-claros
miran mucho, miran por mirar
soy fanático, soy un moro
y te adoro en mi mezquita hasta soñar.

LLALLANQUEN.

Santiago, Agosto 29 de 1912.



Agua Mineral
Fuente del Indio
QUILLOTA



Sana, Agradable, Digestiva

La mejor para acompañar las comidas.

Imposible pasar sin ella después de haberla probado **una sola vez.**



Usé los productos

JUNOL

y ya no me cabe duda de la tersura y limpidez que adquiere un rostro.

Jabones

PRODUCTOS
JUNOL

sencia



ÚSELOS UD. TAMBIÉN

JUNOL



LOS PRODUCTOS JUNOL

Rejuvenecen dan al cutis una transparencia verdade-

Polvos

ramente envidiable. : : :

Cremas

PRUÉBELOS-JUNOL-PRUÉBELOS



Veritas Comercial Chileno

GUIA DE INFORMACION COMERCIAL

— E INDUSTRIAS DE CHILE —

EDITADA POR LA

Empresa Franco-Chilena

EN SU IMPRENTA SUD-AMERICANA — PRAT 1122

Única obra que se publica en su jénero en Sud-América, conteniendo la totalidad de las firmas establecidas en el país.

Acaba de aparecer